

LA PRESENTE ES UNA PUBLICACIÓN DE:



BARAT, EBEL

LA RUTA DE LA SEDA. - 1A ED. - ROSARIO: PASO DE LOS LIBRES, 2011.
111 P.; 26x18 CM.

ISBN 978-987-25746-4-2

1. NARRATIVA ARGENTINA. 2. NOVELA.
CDD A863

DERECHOS RESERVADOS

© 2011 CORPUS EDITORIAL Y DISTRIBUIDORA
editorial@corpuslibros.com
ebarat@corpuslibros.com
www.corpuslibros.com

TUCUMÁN 2180 - TEL/FAX: +54 (11) 43735128 / 43717914
(C1050AAR) BUENOS AIRES - ARGENTINA

ISBN 978-987-25746-4-2

EDITOR: ESTEBAN OSCAR MESTRE

TIRADA: 1000 EJEMPLARES
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MARZO DE 2011
ROSARIO - ARGENTINA

EL CONTENIDO DE LA OBRA ES EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DEL AUTOR.



NO ESTÁ PERMITIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTA OBRA,
NI SU TRATAMIENTO O TRANSMISIÓN POR CUALQUIER MEDIO O MÉTODO, SIN
AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LA EDITORIAL.

EBEL BARAT

LA RUTA DE LA SEDA

Impresiones de un viaje de Estambul a Delhi
Turquía - Irán - Uzbekistán - Kirguistán - China - Nepal - India



AGRADECIMIENTOS:

El primero a Martín Francés, amigo entrañable, puntal, rapsoda de viajes y compañero de fe, que además me ayudara con la elección y las tomas de las fotografías.

El segundo a Valeria “Lisbeth” Der-Meguerditchian, diseñadora y consejera cuya aplicación y profesionalidad permitió ensamblar los textos y las ilustraciones.

El tercero a Waldi Tappari que con sus inapreciables conocimientos de fotografía e ilustración, me ha acompañado en casi toda mi obra.

El cuarto a todos los amigos que tuve la dicha de conocer en cada sitio y que más de una vez me han brindado la tibieza del cobijo y del plato compartido.

ÍNDICE

HABER ANDADO **07**

PARIS **11**

ESTAMBUL **11**

BOSFORO **15**

ANKARA **19**

TABRIZ **26**

ESFAHAN **29**

SHIRAZ **33**

PERSÉPOLIS **36**

TEHERAN **39**

TASHKENT **41**

SAMARCANDA **47**

TASHKENT **53**

KYRGYSTAN **57**

ISSY KUL **59**

TURFAN **62**

TUYOK **65**

TURFAN **69**

CHENGDU **76**

TIBET **82**

KATMANDU **85**

NAGARKOT **91**

PATAN **96**

KATMANDU **98**

AGRA **99**

DELHI **102**

ESTAMBUL **106**

EL VIAJERO **109**

HABER ANDADO

Luces, rastros, espejo contrahecho,
trenes, pasos y libros destapados,
atando el pensamiento sobre el lecho
o abriendo la ventana a los tejados.

Mares, campos, hoteles ya difusos
vino, mesas, pendiente a los ocasos
y algún furor quizá por los profusos
esfuerzos de gargantas y de brazos.

Por esa encrucijada de metales,
de sol, de frutas, sed, saliva y hambre
ejerciendo memorias voy y vengo
y junto los preciosos minerales
de sangre divina en el enjambre
de las cosas que tengo y que no tengo.

“TODOS LOS HECHOS SIGUEN OCURRIENDO”

PARIS



Abril. Rue de Charonnes, Bastilla. 0.15 horas.

Martín va por la tercera caipirinha, Claude muestra su cansancio. Hay mucha gente, es víspera de feriado. Hèlene, sin duda buena anfitriona, se preocupa por atendernos.

Carolina tiene el pelo pajizo, parece aburrida, lleva el peso del día encima, se la ve ajada, bebe su tercera caipirinha. No se irá con Martín, que quisiera beber más.

Él toma un taxi acompañado por Hèlene para que el taxista no se abuse.

Claude vuelve solo en moto. Vio un accidente... me lo contará mañana.

Fue un muchacho que circulaba también en moto detrás de ellos. Perdió el control

E infelizmente se fue contra una columna. La golpeó con la cabeza. Escucharon el ruido.

Horrible. Buscaron a la policía. Llegaron enseguida. El muchacho intentó incorporarse, después cayó. Tal vez haya muerto, dice Martín.

Paris es ahora un día corto. Un día fugaz en el que se verán algunos amigos nuevos.

Es el recuerdo del bar urgente en Bastilla.

Estar de paso.

Paris no es siquiera el centro. Es una noche en Montreuil, es el departamento hecho en una fábrica reciclada y una última estación de Metro a la mañana siguiente, camino del aeropuerto. Paris no es Paris... Lo será después.

Eso creemos.

ESTAMBUL



Kumeli-Anadolu; ahora sé que ésta es la frontera

Entre Europa y Asia menos diferencia de gente y paisaje que entre Colón y Paysandú, por decir algo, claro.

Qué es Asia, qué es Europa... dos palabras muy gordas para un puente delgado y sobrio lleno de autos a la mañana.

Enfrente algún bocinazo más, el abigarramiento de negocios. Tal vez el comercio, el intercambio, tal vez eso, enfrente, en Anadolu.

La costanera es mansa de cara a Estambul vieja, aquí... en Asia.

Quedan buenas casas de madera.

Hay dos balcones de diferente color en un mismo edificio.

Es la imagen de una tarde que va a cambiar... como todas las imágenes.

En una tienda pequeña frente a la ciudad, la otra... la misma, tomamos té. Siempre muy fuerte. El hombre del retrato es Atatürk,

A través de la puerta, se ve la plaza. Detrás, la costa de Topkapi, y las mezquitas que encenderán la noche.

Aquí, arriba del marco de la puerta, Atatürk

Se lo preguntamos a los parroquianos de la mesa de al lado que toman té, qué otra cosa. Confirmado... Pamuk... Nieve... Estambul.

Siempre esa nobleza en la mirada de los próceres. Siempre esa actitud visionaria en los retratos. El padre de todos los turcos.



Estambul



Estambul



Estambul

Atardece. El barco cruza. Es un barco sin pretensiones, grande, de cubierta gastada.

¿No se cansará de ir y volver cada día?

Denle una semana de vacaciones, déjenlo salir al parque, al agua muy azul y abierta. Y dejen que se vuelva ultramarino, porque además es una bella palabra.

Hace frío.

El Galata.

Y el Cuerno de Oro, aquí, adelante, cuando atraca el barco.

Aún suenan a historia, a sangre y a fascinaciones. Romanos, Bizantinos, Turcos. Traiciones y metralla, Jenízaros. Todos por la sensual pulpa de las cúpulas, por las cuevas y los toboganes, por las mujeres, por el Bósforo, donde pasa la riqueza.

Después el tranvía. Tan cerca del agua.

Viene lleno.

Yo no puedo entrar, Martín sí. Se va. Tomaré el próximo.



Bósforo



Bósforo

BOSFORO



Bósforo.

Mármara. Mar Negro. Jasón. Cuánta voluntad, cuántas voluntades, diría Blimunda que sabía reconocerlas.

Hombres y dioses trisando las distancias, Hombres que habrán contado historias de uno y otro lado sin saber ninguna. Rostros, ojos con luz, piel curtida, voces atronando sordamente en el vestíbulo marino.

Bósforo. ¿Cómo se verá desde arriba? ¿Qué brillo tendrá la luz de su tráfico, como zumbarán los corazones que pasan, que pasaron navegando?

Nuestro barco, otro barco, va hacia oriente.

Navega entre los palacios, las mansiones de madera.

Claras, delicadas, como nácar tibio.

Se ven dichosas, como nácar tibio.

El mar.

Parece Avenida Pellegrini, dice Martín.

Agua, sal y madera.

Las casas de madera en Chiloé.

Como en San Francisco, dice Martín. San Francisco se ve más frío.

Ni Chiloé ni San Francisco. Son otros estos lujos hechos a golpes de historia. El tiempo, el tiempo y sus capas polvorientas han edificado esta arquitectura sazónada.

Hacia Anadolu Kavagi. Kavagi... Gavagai, aquél ser simpático y extraño del Baudolino de Umberto Eco... El greal.

Aquellos, los hombres de Eco, camino al oriente a buscar el greal en manos del preste Juan.

Gabagai, el extraño ser de una sola pierna y un pie desmesurado que le hacía sombra cuando se echaba, tenía la lealtad de un perro.

Detrás del mar y las montañas, en el este, se multiplicaron las faunas y los hombres, fantástica faunas, fantásticos hombres. Solo conocidas por quienes se adentraron en el oriente. En el oriente del oriente.

Sol en Kavagi, pueblito dominguero y pescador, casi al final del Bósforo, casi a las puertas de otra anchura ignota: el Mar Negro. Suena a noche, a siniestras humedades.

Letty va en el verano al mar Negro, a las playas búlgaras. (ahora, en cambio, suena a delicado sol y arboladas marinas).

Pescado frito en Kavagi, gente que vino a pasar el mediodía que dura todo el día. Hacia el sur hay un destacamento del ejército, después, en la ribera abrupta con césped, otra vez la gente, la gente del lugar.

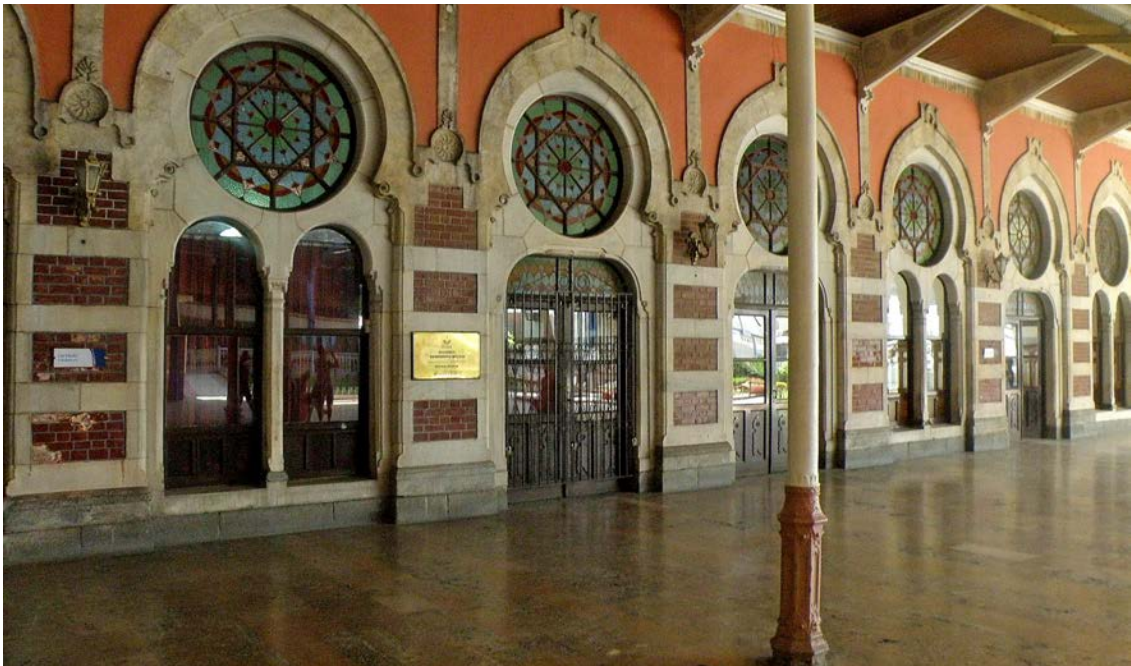
Domingo. Los aparatos digestivos. Siempre más o menos lo mismo.

Domingo. Entre otras cosas (muy pocas cosas) lo que pasa entre la boca y el culo.

Las mujeres se tapan. Un grupo come separado.
La gorda sentada en el suelo tiene las piernas extendidas y abiertas. ¿Por qué?
Anoche Barça le gana al Real Madrid 6 a 2. Un restaurante antiguo, tal vez de aquel Estambul de marina madera.
Messí dos veces, imparable. Qué difícil es saber qué y cómo somos.
Los argentinos.

Estación de trenes. Expreso de Oriente... la elegancia al final del viaje... Viejo.
Viejos deleites de un tren que se iría hasta los confines del mundo.
Monsieur Poirot, claro, develando un crimen.

En la estación de trenes hay un salón elegante. Allí, tal vez, los espectros de aquellas fiestas, de aquella frivolidad placentera.
Ahora, en la tarde que se apaga, una orquesta afina sus instrumentos. Esperamos a los derviches giradores.
Llegan apagando los murmullos, mudos, ajenos, blancos y prolijos. ¿Qué frivolidad placentera habrá en estos derviches inmaculadamente blancos y extáticos?
¿¡Cómo no se marean!?
¿O se marean?
Tomar a Dios de lo alto y, girando, infundirlo en la tierra.
Una palma hacia arriba y la otra hacia abajo.
Girar. Girar.
Irradian belleza... casi femenina.



Estambul, Estación.



Estambul



Estambul

Girar sobre sí mismos buscando a Dios... ¿adentro?

Traslación.

Alrededor de qué. ¿Alrededor de Dios?... ¿afuera?

Suffes. La Sema

“Lo que recibimos de Dios al hombre lo damos, no guardamos nada par nosotros”.

Podría ser “lo que recibimos del Hombre a dios lo damos, no guardamos nada para nosotros”.

¿Es lo mismo?

La dicha blanca del giro. El masculino éxtasis... es casi femenino, otra vez. La elegante muerte dulce cuando todo está allí, cuando no hay nada afuera.

Sigue haciendo frío y sol.

La Terminal de autobuses está lejos de la ciudad. Y es muy grande, eficaz y raída.

¿Do you speak english? ¿parlais vous francés?

Será difícil comunicarnos de ahora en adelante. Hay que estar preparados.

El muchacho nos cobra el doble por el café con leche y el bizcocho.

Lo desprecio...unos instantes.

El autobús es mejor de lo que esperábamos...otra vez esta Turquía que puja.

Los autobuses serán buenos de ahora en adelante, casi siempre.

Turquía que puja en las ciudades y se aferra en los campos. ¿Desde cuándo se verán iguales estos pueblitos?

Todo es más verde, todo muy nuevo. Los pueblos con las mezquitas, como los pueblos con las iglesias.

No nos gusta.

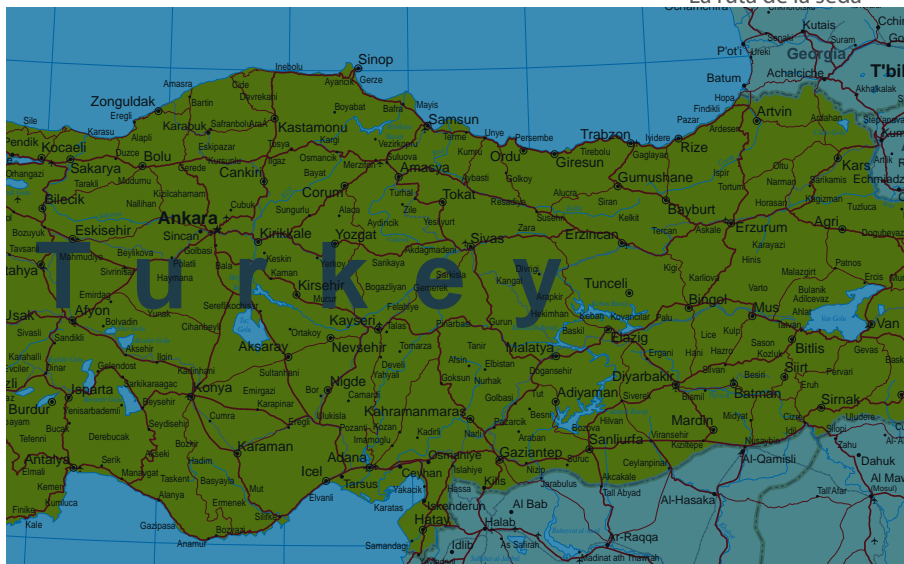
Pero los minaretes se ven elegantes, como casi todas las cosas delgadas.

Martín se acuerda del accidente



Anatolia

ANKARA



Ankara.

Parece nueva, setenta años. Tal vez se pueda asimilar a Brasilia.

Al llegar una sola palabra: Uluz.

Un barrio con la aspereza de lo ajeno. Allí hay hoteles.

Aibec, el nombre del teléfono es aún un hombre joven, de rasgos mongoles. Él, tal como me prometiera su voz hace dos meses, nos estaba esperando en la embajada.

Uzbekistán nos da su visa. Nos vamos con el pasaporte sellado, pequeño tesoro.

Llueve como lloverá cada noche.

Se ve buena parte de la ciudad desde el décimo piso. Decoración de los sesenta. La mujer canta “Bésame”.... por fonética, después “Quizás, quizás, quizás” en inglés... por fonética también. Después las canciones plañideras en su lengua.

La ciudad se ve fría y amplia a través del vidrio mojado. Volveremos a comer allí.

La embajada argentina. Una empleada gentil, venezolana, nos ofrece café.

Marcelo, conversa agradablemente. La carrera diplomática es una posibilidad para una vida grata. Siempre que se superen los exámenes y a los demás aspirantes.

Cupo limitado. La competencia, una ley que no termina de gustar.

Sorprende cierta pujanza a la entrada de la ciudad. Demasiada y en serie.

Se lo decimos a Marcelo.

Los turcos son jóvenes y muchos, dice. Hay dinero, de todo tipo.

Ankara es nueva y mal diseñada. Atatürk no hizo todo bien.

Aquí es más que San Martín para nosotros, dice Marcelo.

Los turcos se ven poderosos, pensamos Martín y yo.

Lástima Argentina.

Otra palabra: Kizilay.

Uluz-Kizilay, la línea que define el centro en Ankara, dos pequeñas villas reunidas por el tiempo en el corazón de la ciudad.

La embajada argentina está en Osman Pazi, es un barrio elegante.

Hombres del mesolítico entraban a sus casas por los techos. Las reproducciones de las viviendas se ven confortables. 7000 años antes de Cristo. A veces las cosas cambian poco. Asirios, Hititas, Nippur de Lagash, D'artagnan, El Tony. Lindos viajes de la fantástica historia, vastísima, a horcajadas de las imaginaciones de Robin Wood... o como quieran llamarlo. Qué bien.

El museo histórico está bajo la ciudadela. La Mesopotamia difundida, especialmente en las esculturas. ¡Cuánta barba rizada! ¡Cuánto toro poderoso!

La ciudadela es pobre, muy abandonada.

Los niños, las fotos.

Un grupo posa con Martín. Uno de los chicos ensaya piruetas de breakdance. Nos hacen reír.

Hacia abajo, el mercado y los vacilantes techos de la ciudad vieja.

Hacia abajo, hortalizas, frutas disecadas, nueces, garbanzos. Lo de siempre... modesto... limpio.

Llegará el turismo. ¡Adónde no!

Esa noche comemos otra vez allí.

Es grasa, dice Martín.

Canta la mujer, toca el hombre, solamente canciones turcas.

Esta vez el dueño (con el mismo traje de anoche) no nos va a insistir con chicas diferentes.

Se queda en otra mesa, con una pareja.

Deben ser amigos.

Llueve como anoche, más que anoche.



Ankara, ciudadela.



Ankara, ciudadela.



Ankara, ciudadela.



Ankara.

Embajada de Kyrgystan. Fría y distante.

Nos hace esperar.

Será alto, de rasgos orientales, menos de cuarenta. No nos tratará con amabilidad.

Estamos en una sala. También esperan un hombre joven de Kyrgystan, una familia con una niña y un niño (ella oriental, él occidental, gordo y tal vez inglés).

El chico es como su madre, la niña parece una mezcla, ha de ser hija del inglés.

Ella, la mujer, se ve demasiado elegante, demasiado: no elegante.

Hay un alemán de pelo grasoso que sigue la Ruta de la Seda en bicicleta. Un año hasta China, se lo ve reconcentrado, es de rasgos gruesos. Buena indumentaria, el pelo brillando sobre la cabeza tosca.

Un hombre de 26 tal vez, recorriendo la distancia, desde Alemania a Tibet, solo.

¿Estará siempre solo? ¿También en Alemania? Espera su turno como si no prestara atención.

Se va a parar de un salto cuando le toque. Sabe que no hay códigos seguros entre los que esperamos, que a todos nos importa el propio turno, solamente.

Solo, sólo, solamente. Un muchacho, alemán, en bicicleta pedaleando sobre el asfalto yermo.

Después de depositar en el banco y sacar fotocopias de nuestros pasaportes y de casi todas las visas, el hombre nos dice que estarán mañana.

Imposible, viajamos hoy.

Entonces con los pasaportes italianos. Nos parece bien. Él cambia su trato, ahora en más amable.

Es de mármol travertino, pero su amarillo es más oscuro que el del Monumento a la Bandera. Es más grande y más simple, sin aquellas buenas estatuas.

¿Es parecido al mausoleo de Ho Chi Ming?, preguntará Martín que se ha quedado a descansar en una pastelería.

Sí, de ese estilo.

Los enseres de Atatürk, la ropa de Atatürk, los afeites.

El espíritu del hombre en sus cosas. El aura del hombre. La difusa línea entre lo que vivió y está muerto en los utensilios que se movieron con el hombre, en aquello que movió, que utilizó, que ensució el hombre.

El museo del padre de todos los turcos. ¡De todos los turcos!

Atatürk arriba de la roca elevada, dirigiendo la batalla, despreciando las balas que deberían pasar silbando.

La mirada muy azul, la elegancia de las nobles prendas.

¿Habrà sido esa mirada tan azul? ¿Habrà sido azul, o apenas más clara?

¿Por qué han querido que sea tan azul? ¿Qué dice Pamuk?

Fotos.

Mira a sus interlocutores casi siempre desde arriba, con fijeza. Con confianza y seguridad. Muy alto.

Un hombre de mando. El cigarrillo encendido. Otros tiempos.

Se murió de cirrosis, era alcohólico dice otro Kemal, el de la confitería donde esperó Martín. Muchos años en guerra. Cigarrillos y raki.

Vivir adentro para poder beber. Perder la salud.

El hombre se murió joven, perdió la salud, salvó la gloria.

Atatürk, el padre, se sacó de encima a los italianos, a los ingleses, a los franceses, a los griegos.

Turquía parece poderosa.

¿Y los armenios?

Me acuerdo de la foto gastada con los cadáveres colgados. Me acuerdo de la palabra genocidio.

Mucho raki.

Tal vez una sabana, muy verde, muy húmeda. Es al norte de Capadoccia.

El trigo no se ve bien cultivado.

Los pueblos escasos y mínimos, últimos relictos de las ciudades.



Anatolia.

La tierra parece fértil y profunda. El autobús parará pocas veces en salones grandes y nuevos. Habrá platos únicos, comienza el arroz y el kebab. Seguiremos con ellos por unos cuántos días.

Hay Wi Fi. Otra vez Turquía que puja. En Irán, por supuesto que no.

En el autobús (¿por qué digo autobús, y no colectivo?) la pareja busca conversación. Nos ayudará mucho mañana a la mañana en la frontera cerca de Dogubeyasit. Él se llama Amir Abbas. Ella lleva túnica negra.

Después del viaje, de todo el viaje, tendré una deuda: los nombres perdidos de tantas mujeres.

Nos hacen entrar en la combi apenas llegamos a "Dog Biscuit". Nos salva de discutir el precio, es decir de pagar más, y sobre todo de perder tiempo.

Se ocupan de nosotros. Todo es arduo pero están acostumbrados. El camino es de desierto hasta los edificios bajos.

Los seguimos, paso por paso. Primero la aduana turca, bajo el sol, los alambres y el concreto blanco.

Es rápido.

En el edificio iraní esperamos sentados. Arriba del escritorio los retratos de los ayatollah.

Son dos. No nos vamos a acostumbrar.

Tenemos la visa y es también muy fácil.

Afuera, es Irán.

Hace calor y el sol estridente blanquea todo el paisaje y le saca los colores.

Para asegurar las formas, resiste apenas un gris anémico.

Amir cambia nuestro dinero por riales con un hombre joven y delgado. Hay varios que se han acercado y parecen hacer ese trabajo.

La policía.

Las lamentaciones de su mujer, las de él. El énfasis.

No creo. No lo creemos.

El silencio y la hostilidad callada del agente.

Todos a la comisaría. El cambista es al que peor tratan.

Me preguntan, después de tomar nota y con marcada gentileza, si estoy de acuerdo con el cambio.

Sí.

Nos devuelven el dinero secuestrado.

Nos vamos todos. Pobre Amir que sólo quería ayudar.

En la ruta, asfalto, desierto y música árabe, ¿es árabe? ¿Qué significa música árabe?

Somos arios dirá Hasan hoy a la tarde.

Por aquí hay autobuses, en Rosario son colectivos u ómnibus (no omnibuses) o bondis, en Buenos Aires micros. En este encuentro deportivo de palabras pierde con toda claridad la palabra micro. ¿Se habrán dado cuenta en Buenos Aires donde suele reinar la solvencia, lo estrafalario de llamarle micro a un cachalote donde se acomodan cincuenta trashumantes?

TABRIZ



Tabriz. Adiós Amir Abbas, adiós mujer joven sin nombre, vestida de negro. Adiós para siempre (nunca contestarán un correo electrónico...o no han querido o no los han dejado; Martín lo intentó varias veces).

Tabriz.

Un taxi entre dos hoteles. Vamos al Azerbaijan, como indica la guía.

El Azerbaijan... retrete en el piso.

Salimos a la calle. Hasan, nos ve consultando el libro. Nos pregunta qué necesitamos.

Habla buen inglés.

Nos acompañará a una agencia de turismo para tener un mapa.

Un mapa. La necesidad de saber dónde estamos.

La seguridad de las referencias. ¿todos las necesitan?

Hasan irá deslizado su rechazo al Islam, al sistema, a su país de ahora.

Querrá saber cómo lo vemos. Preguntará si lo imaginábamos así.

Sí.

Decepción. Es lo que es, se dirá Hasan.

Desprecia los modos de su tierra. Se le nota amargura. Trabaja para Massey Fergusson con tractores. Hemos visto pocos y viejos.

Los acompaño, nos dice. Nos mostrará el bazaar. Daremos alguna vueltas. Eso: vueltas.

No podemos encontrar una cafetería, no sabemos qué hacer. Después pensaremos que a Hasan lo avergonzaba que no hubiera ninguna.

Ahora preferimos separarnos. Es difícil sostener la conversación caminando sin rumbo por la ciudad gris y extraña.

Hasan dijo que los iraníes no son árabes, dijo que son arios. Irán: país de los Arios.

No le gustan los árabes.

¿Dónde comienza la línea demarcatoria de la frontera entre arios y árabes? ¿En qué recodo de la sangre está el mojón que los separa? ¿Ser árabe o ario, es fruto de una elección o de un aterrizaje en uno u otro lado?

¿Ser, es fruto de una elección?



Tabriz.

La multitud sale de la mezquita gigantesca, es viernes. Mujeres de negro, como monjas. Todas como monjas. Todas caminan en el mismo sentido. El bazaar es limpio. Hay muchos locales vacíos y concurrencia escasa, no es Estambul. Todo es más pobre. Y tranquilo. Están tranquilos dijo “El Sombra”. Lo volveremos a repetir en Meidum E Eman, mucho más al sur, durante una noche acogedora.



Tabriz.



Tabriz.

ESFAHAN



La mezquita es muy grande en Esfahan. Es bella pero demasiado grande. Meidum E. Eman ¿Cómo habrá sido la plaza cuando era una cancha de polo? ¿Cómo lo habrán jugado? ¿Y los voceos de aliento de los hombres de túnica noble? La plaza se ve hermosa de noche. Comemos echados sobre unas tarimas. Es, para nosotros, incómodo. En Médiun E Eman frente a Ali Gaphu, caminando bajo las luces dulces de Esfahan, decimos que todo parece tranquilo.

La gentileza: Los saludos.

Where are you from?

Argentina.

Ohh. Argentina.

El hombre en la parada del autobús a Esfahan nos ofrecía de su plato mientras esperábamos los nuestros. Compartir la comida, primera actitud.

Necesidad de comunicarse con los otros.

Tal vez por sentirse más solos. Lejos del mundo, de ese mundo de extranjeros.

Nosotros (se dirán los iraníes... muchos de ellos) más que nadie debemos ser buenos anfitriones. Debemos procurar relaciones amistosas.

¡Que no se piense eso que se dice por ahí! ¡Vean, miren, somos gente buena!

Y no queremos estar solos.



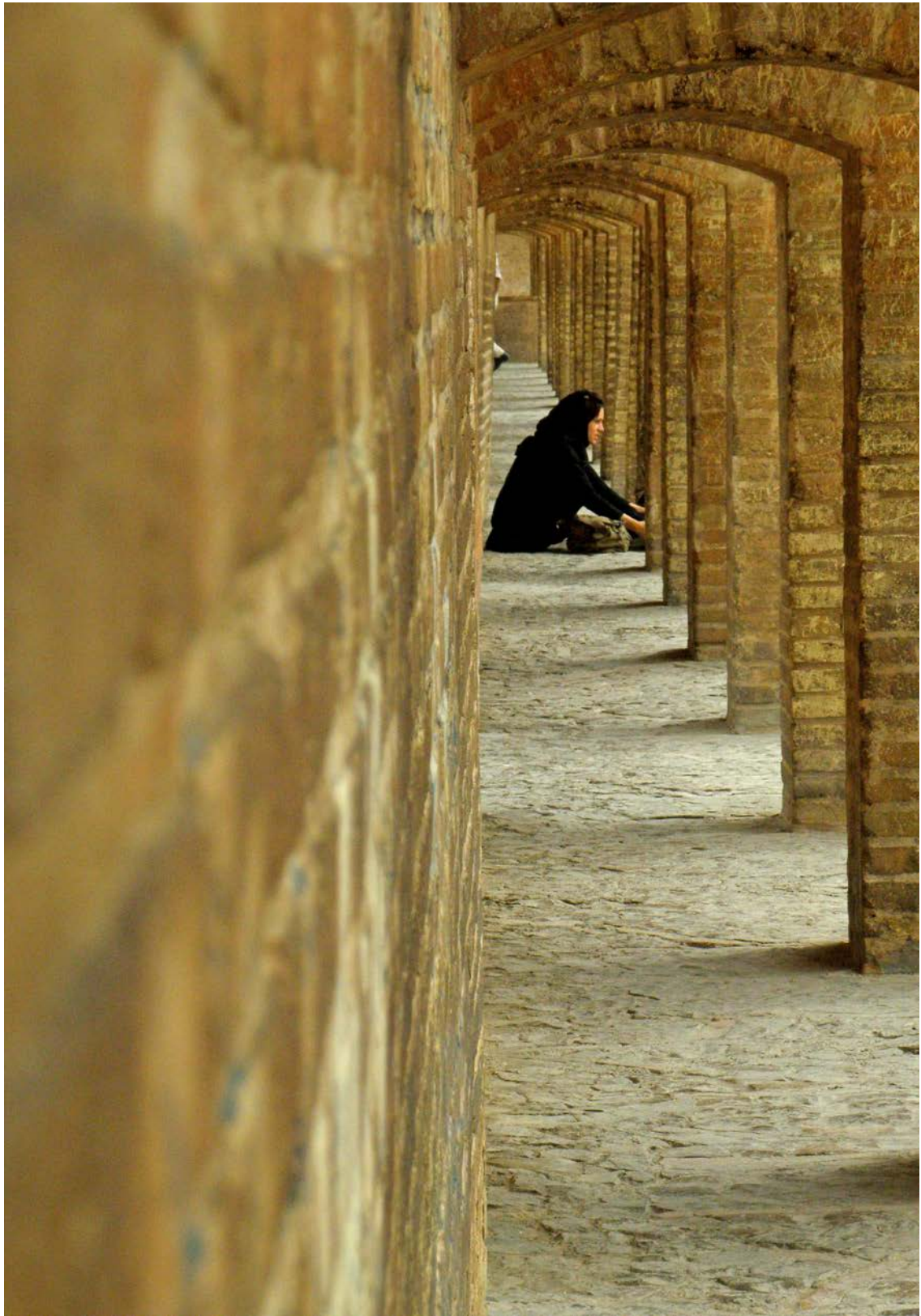
Esfahan, Meidum E Eman.



Esfahan.



Esfahan.



Esfahan.

SHIRAZ



Shiraz...suenan bien ¿verdad?

Golestan: jardín de rosas.

El apellido de la chica (ahora sabemos que es una chica) que hizo el trámite de la visa.

Golestan: jardín de rosas, un apellido común...aquí hay una plaza que se llama así.

Ella trabaja en la gran agencia de turismo junto con otras muchachas, todas vestidas de negro, todas con juvenil avidez, todas con los ojos grandes y atentos, todas, detrás de su escritorio se ponen de pie cuando entra el jefe.

Quisimos visitarla, darle las gracias, traer amistad.

Golestan tiene los ojos oscuros, grandes, muy abiertos. Y un pensamiento remoto. Y un jardín de rosas que nos está prohibido conocer.

Nos sacamos fotos y nos atrevemos a posar abrazados.

Pedirán que se las enviemos y nos desearán buen viaje.

No se puede intimar, terminantemente prohibido.

Esa misma tarde veremos un conjunto de mujeres que se alejan en procesión, elegantes, haciendo ondear sus túnicas como cabello negro contra las murallas de la ciudadela.

Esa misma tarde entraremos al bazar.

El hombre tiene los dedos gruesos y gastados, de viejas intemperies. Se aferran a la mejilla y al hocico. El hombre completa el abrazo apoyando su boca sobre el ojo.

Lleva turbante y ropas de pobre.

Lo besa intensamente. Es devoto amor por el asno devoto.

Me pregunto cómo será el amor en el corazón del burro. Grande y callado, como siempre.

Como siempre hay algo en su mirada.

El cuadro es de lana y es un diseño que volveremos a ver.



Shiraz.



Shiraz.

PERSÉPOLIS



Persépolis.

“La llama persa del ciprés”.

Persas. Pocos cipreses y más pinos, sin embargo.

100 milímetros por año. No es el desierto dirá Mohammed, de camino a Persépolis.

No lo es, hay agua para riego. Trigo donde se apagó el Shiraz. Y pinos.

En las casas todavía hacen vino para consumo propio, dirá Mohammed.

Esos van a salvar el país, dice Martín entre dientes y con los ojos colorados y encendidos.

Persas, Alejandro, Sasánidas.

Persépolis incendiada por un borracho fatigado.

Por sed de vengar la patria adoptiva, por desbaratar los latidos del corazón del imperio.

Para que Apolo termine con la obscenidad persa.

¿Quién habrá sido Alejandro, educado por Aristóteles, borracho e incendiario, que también mató borracho a un amigo General por culpa de Dionisos?

Persépolis incendiada, saqueada dos veces. Siempre desde occidente.

Persépolis con sus toros y sus leones. Tenso equilibrio entre la amistad y el poder. Toros y leones dando vueltas por el mundo, recorriéndolo para enfrentarse con la sangre de la muerte.

Amistad y poder.

¿Qué hay de eso en el trato de la calle?

Otra vez Dios y el rey. Otra vez la mujer defendida... escondida.

Mohammed que dice no ser virgen, dice que Irán tiene otras cosas además de petróleo.

Dice alfombras y después se calla.

El verano es ardiente pero no tanto.

Mohammed está comprometido.

Lo confirma un anillo de oro en la mano de una muchacha vestida de negro que nunca conoceremos. Una muchacha sugerida, tal vez, por su familia.

Mohammed, un muchacho a quién podría investigar la familia de la muchacha.

¿Fuma Mohammed?

¿Bebe? Solamente bebidas sin alcohol, claro.

¿En qué trabaja Mohammed?

Mohammed ha elegido a su muchacha. A él le gusta esa muchacha, virgen hasta el día de su casamiento. Entre tres meses y dos años de compromiso.

En Argentina hay compromiso de hasta veinte años y sin anillos, digo.

Todos sonreímos. Mohammed dice que no es virgen.

Cómo hacen los muchachos para no serlo, cuando todas las muchachas lo son.

“Dueña de un corazón tan cinco estrellas...”



Persépolis.



Persépolis.

No dejan ningún espacio vacío.

No dejar ningún espacio vacío. En el mausoleo de Shah-e Cheragh, donde Shiraz se vuelve muchedumbre, donde los espejos en pequeños trozos regulares, siguen el relieve de los muros y los techos, y tapan todo.

Es decir devuelven todo.

Brilla un cielo de luz nerviosa en el mausoleo, completamente cubierto de espejos mínimos. Es demasiado para sostener la mirada. Casi nadie sostiene la mirada.

No dejar espacios...

En la filigrana incansable de las alfombras. En las paredes cubiertas por el cerámico de fondo, siempre azul.

En el tallado minimalista y paciente de la figuras de bronce.

Labores pequeñas.

Hay que llenarlo todo. El trabajo imposible. Una ilusión del hombre.

Tal vez un tormento. El valor del tormento.

El tormento y la ilusión de llenarlo todo en la calidez delicada y fresca de la mezquita, la casa de Dios, donde nadie sostiene la mirada.

La casa de los hombres. El lugar del silencio o el susurro. El lugar de la pureza.

Afuera de afuera...

"Si es que golpeo a tu puerta no te vayas a confundir, no es para entrar que golpeo, golpeo para salir" arriesgó una felicidad de Facundo Cabral (no logró muchas más).

No he visto pueblo más religioso que éste, arriesgo yo, a la salida.

El templo es mejor que la propia casa: frescura, silencio, y la ilusión de llenarlo todo.

Quién sabe.

Es este pueblo un pueblo religioso. Parece intentarlo.

TEHERAN



Una foto de colores fulgurantes donde pujan las trompas de los automóviles en un embotellamiento bajo el calor amarillo del sol.

Una puja poderosa e inmóvil entre los autos apretados por los límites de un puente. Teherán, dice debajo la foto.

Y a pesar del desasosiego, una cuota cierta de belleza. Los colores, el rojo, la fuerza retenida de los motores ávidos, la fuerza sobre el pedestal del nombre exótico.

Tal vez el recuerdo de las película de Kierostami.

Nosotros vemos una ciudad con el alma chica.

No como Buenos Aires o Praga.

Una ciudad que va y viene aturrida en sí misma sin un recodo de sombra, salvo un parque milagrosamente artificial y frío.

En la “Feria del Libro Justo (fair)” la multitud en Mosalla. El oleaje negro de las mujeres entre el tejido de sostén del gris masculino. En la feria del libro, que es muy grande, solamente hay libros “justos”, que no podemos leer, ni queremos.

Primer vagón EXCLUSIVO PARA MUJERES.

Último vagón EXCLUSIVO PARA MUJERES.

En el medio los hombres y alguna mujer acompañada.

En la cola del metro, y en el frente, una jaula móvil de mujeres, el sexo repetido sujeto a sus palabras buscando tema. Sentaditas una al lado de la otra.

Para nosotros son sagradas, alguien nos dijo por allí, por eso las tratamos (cuidamos, guardamos, vestimos, amamos, encerramos...) de este modo.

Cuántas de ellas dirán lo mismo. Pienso que muchas.

Adelante y atrás EXCLUSIVO PARA MUJERES.

Nunca visto.



Teheran.

Fue camino a Esfahan, me acuerdo.

Después del arroz de grano más largo que haya probado y del kebab de oveja o de pollo que seguiremos comiendo hasta que salgamos del país, quiero un cigarrillo.

Le pregunto al capitán (eso creo) de otro autobús si venden. Me hace entender que no.

Me pide que lo siga hasta el coche. Saca de la guantera un paquete de Winston. Me lo da.

¿Cuánto es?

Es un presente, dice.

Me mira como demostrándome algo, pero es afable.

Los canales de televisión.

Khomeiniii, Khamenei. Rezos discusiones. Las palabras Sionismo e Irán repetidas muchas veces.

Propaganda. Creo conocerla con sus distintos colores y sus distintos próceres. Lenín, Sadam, Kim Il Sung en la triste Corea de televisión escasa y local.

En la escena Khamenei sentado frente a un nutrido auditorio hablando. Casi adorado.

Y Khomeini en los retratos.

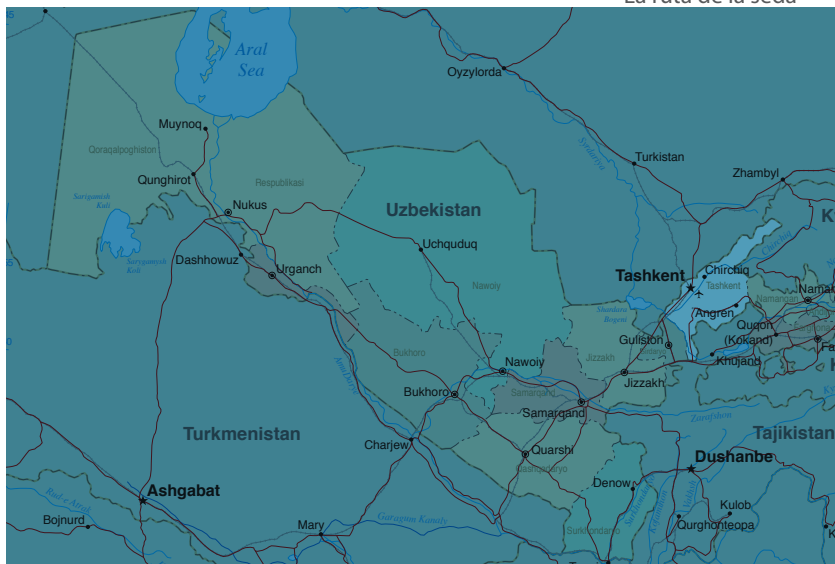
Se parece a Sean Connery... enojado.

Irán ¿beautiful?

Very beautiful, le decimos al taxista que ya conocía la respuesta.

Nos vamos hacia Tashkent.

TASHKENT



El hombre sobre el caballo rampante, el hombre fiero y oriental... Fuerte.

Todo por aquí es grande.

La Revolución es un Sueño Eterno. ¿Verdad que es un hermoso título?

Un sueño que se cura con la realidad de cada día. Ay utopía.

Tashkent, ancha.

Trabajaron mucho. Forzaron la máquina. No se pudo plasmar la idea. Lo que se plasma siempre es diferente a la idea.

Los rusos son hombres. Trajeron la idea: miraron, pensaron, trabajaron y también mataron.

Todo es grande en la verde Tashkent.

Orientales de ojos claros. Rostros de aquí y de allá.

El hombre a caballo no es Lenín.

Es Amir Timur... Tamerlan en el medio de la plaza.

A una calle, el asombro del centro abierto y bucólico. Una calle amplia entre los árboles y dos glorietas de espacio entre las mesas.

Hizo un imperio, Tamerlan.

Allí, está, fiero en la plaza, para recuperar la nación, para olvidar a Lenín y a los rusos opresivos y ajenos.

En el museo, ejemplar y ruso, la historia de la tierra.

Buda, Cristo, la ciencia, el Islam. Todo ordenado y didáctico.

En el ultimo piso, encima de los salones ordenados, didácticos y fríos; el presidente actual en las fotos.

Otra vez propaganda.

Azimov, presidente... todo el tiempo que pueda, todas las veces que pueda.

Estadio Luis Eduardo Duhalde, en Tres de Febrero.

Pileta pública: Intendente Curto.

Se van a quedar todo el tiempo que puedan.

Afuera los árboles y los parques poderosos.

El edificio en grande. Repetiremos esa palabra.



Tashkent.

Hay una grieta en el suelo.

Hay un hombre que se detiene abruptamente frente a la grieta salvaje.

Una mujer con el niño alzado (ya deja de ser un niño) extiende su brazo y quiere cubrirse con la mano.

Un bloque de piedra pulido se parte en dos. 1966.

Allí, debajo, el epicentro. Allí, justo debajo, el epicentro y la hora, cinco y veintidós, me parece.

Qué cerca puede estar la catástrofe de la hora mansa, qué normal. Tashkent destruida por la ferocidad de la tierra, con minuto y hora. Esos dos van a reconstruir la ciudad.

Esta ciudad ancha y segura.

¿Cómo se pudo organizar todo esto?

Un hombre y una mujer, un hombre y una mujer, como puede verlo, me dijo el señor Schmelov, director de aquel campeonato grande de hace años, en San Petersburgo. Era mafioso, creo.

Una mujer y un hombre. A veces puede ser.



Tashkent, Memorial del terremoto.

En la película están en el espacio. En estaciones de algún planeta.

Tal vez Marte.

Los hombres tienen que salvar al mundo. Los americanos (léase estadounidenses...que gentilicio idiota) están procurándolo, organizados y solemnes.

Hay un ruso sucio y solitario, también valiente. Las computadoras, los aparatos se ven desastrosos en la estación del ruso; chisporrotean.

Algo no funciona. El ruso le da un puñetazo y arranca.

En la estación de los americanos, las cosas tampoco se ven bien.

Deliberan intensamente y no aciertan en nada.

Aparece el ruso, observa el panel de comando mientras los demás hacen expectante silencio. El ruso estudia el panel, largamente.

Le da un soberbio puñetazo. El aparato, dócil, funciona de nuevo.

Y así (en la película) consiguen salvar al mundo.

En un club náutico de Florianópolis observo un velero mínimo de madera; antiguo. Emerge un muchacho rubio que calza bombachudo oscuro y utilitarias botas negras de goma. Lleva una capa que parece de hule, también oscura.

Viaja solo por el mundo, va hasta la Antártica, me dice un amigo. Es ruso.

Un taxista (debo decir el dueño del auto, también desastrado) frota dos cables pelados en sus extremos.

Se produce la chispa y el auto arranca. Se apaga, frota de nuevo, arranca de nuevo.

El hombre grueso, de bigote renegrido, con voz potente y sonrisa, nos pregunta de dónde somos.

Argentina.

Nos lleva hasta el hotel Orzu.



Tashkent.



Samarcanda.



Samarcanda.



Uzbekistán.

He hablado de las avenidas grandes y verdes de Tashkent, de los espacios, del programa de la utopía y del tanto trabajo. Recuerdo una mirada clara, indescifrable y quieta. Una misteriosa voluntad de hierro.

Alla Koksharova.

Dígame quienes son los rusos. Qué fue la revolución bolchevique.

¿Fue?

Ay utopía.

Las ciudades nuevas, son nuevas. Y son ciudades. Todo es diferente... las caras de ojos rasgados y claros,

las mujeres de pechos generosos, el silencio de las desmesuradas avenidas.

El Patrick's. Un pub, claro.

Tomamos dos pintas de cerveza. A Nadal se le nota el ansia salvaje en el tremolar conciente de las piernas

y en los saltos antes del peloteo.

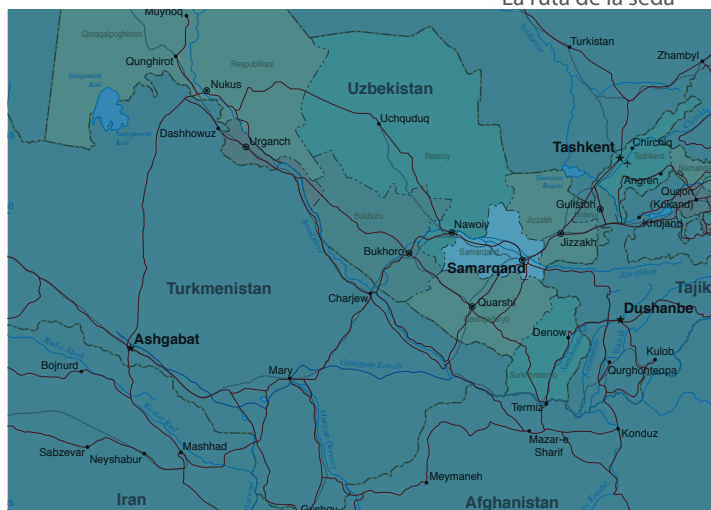
Parecen los momentos preliminares de una pelea de box.

Comienza el partido. Furia por ambos lados. Cada uno gana sus juegos.

Terminamos la cerveza frente al televisor de plasma. El mundo es igual en todas partes.

Afuera hay un taxi... O alguien que nos puede llevar por unos pesos.

SAMARCANDA



“En su corceel,

cuando sale la lunaa”

El cascarudo corrupto canta.

Tiene evidentes dificultades para diferenciar un zorro bienhechor de un triste lobo que dejó el cuero en manos de una señora del bazar.

Samarcanda, dijo el negro Fontanarrosa.

Una palabra que te llena la boca como una papa tibia y la imaginación con los exóticos fuegos de Salgari.

Algo así habrá dicho el negro Fontanarrosa.

Martín Francés que empieza a tener síntomas de vejez prematura (habla el resentimiento que los años hilvanaron en quién no termina de resignarse) camina enjuto, con el pescuezo envainado, como si llevara un caparazón y husmea de puesto en puesto tratando de timar a alguna señora que vende frutas secas.

Con las manos unidas por la espalda, a modo de élitros replegados, se inclina frente a otro cuero de lobo, lo observa y vuelve a cantar. “En su corzaaaaal, cuando sala la lunaa”. Está contento ¿no?

Como ayer relucen las dentaduras de oro.

Se ven bien.

Será la dignidad del oro.

Se ven más en las mujeres. Una cuestión de coquetería.

En Teheran y su aeropuerto cundían las cirugías estéticas de nariz en hombres y mujeres.

Un médico sale del dormitorio de un muchacho y de su padre (tal vez libios, ambos tienen túnicas blancas). Es un control de la operación que se ha hecho el muchacho.

La muchacha que vigila la entrada al autobús del aeropuerto que nos llevará al avión tiene una bandita en su nariz. Ha quedado bien, es bella.

A esta gente parece no gustarle su nariz, cómo decir, de gran carácter.

Samarkanda se ufana de sus dentaduras. Han sido muchas las sonrisas doradas.

¿Cómo es un beso sobre esos dientes que reverberan con sol?

Sería bueno probar, ¿verdad?

Adivinen con quién probaría yo.



Samarcanda.



Samarcanda.



Samarcanda.

Es lindo salir del hostel cuando acaba el día. Bueno cruzar la abierta plaza bajo la brisa cargada de verano, bueno ir a sentarse en la terraza del restaurante donde se va a probar el borsch que recuerda a algún amigo en el que todavía arde un poco de sangre ucraniana. Se llama Jorge Kohan.

En el hostel hay cerveza fría.

Cuando volvemos él está todavía allí, con la japonesita.

Lugares del mundo, películas americanas, disculpe por mi escaso inglés, dice ella.

Las películas con muchas escenas de lucha no le gustan a él. Cuando se dedica mucha energía al combate queda poco para la poética. Ella no le entiende, No sé si las palabras o la idea. Me pide que lo ayude a buscar un sinónimo para poética.

Poemas, le digo.

Ella dice que ahora entiende.

Martín y yo tomamos cerveza mientras un borracho (también japonés) se incorpora dormido sobre una tarima como las del restaurant de Esfahan, y entabla sostenidos monólogos con simpáticas inflexiones de tono. Lo hace varias veces y hay musicalidad en sus grititos. Parece decirle algo a alguien con la picardía tierna e idiota que solemos tener cuando estamos enamorados.

Se vuelve a echar cada vez y duerme otro poco.

El francés no se va con la japonesita. Se acerca más y le ofrecemos cerveza.

Dice que debemos darnos tiempo, que no nos atengamos a un programa fijo, que nos demos tiempo para, por ejemplo, conocer alguna chica.

Dice que es maestro, que es su año sabático y que espera encontrarse con su mujer en Bangkok. Que ella no está con él por trabajo y porque no le gustan estos tipos de hoteles. Mañana, durante el desayuno, el francés nos explicará con entusiasmo, qué lugares de China visitar.

Después nos dice que él no estuvo nunca.

El atardecer difunde sus últimos oros sobre la cúpula de la madrassa. El día se apaga con la misma placidez de las avenidas anchas y umbrosas.

Algo parecido habrá sentido, tal vez, Alejandro cuando llegó a su Maracanda, y dicen que dijo que era aún más espléndida de lo que había imaginado.

Samarcanda sabe a pueblo, a ciudad del interior, a cierta indiferencia que suele dar la costumbre, por los altos monumentos esparcidos aquí y allá.

Nos vamos.

Todos nos dan la mano y después se llevan la palma derecha al corazón y extienden el brazo. Es cálido.

Es común por aquí.

¿Por qué muestran afecto?

Baxron, suavísimo, dice que nos espera de nuevo.



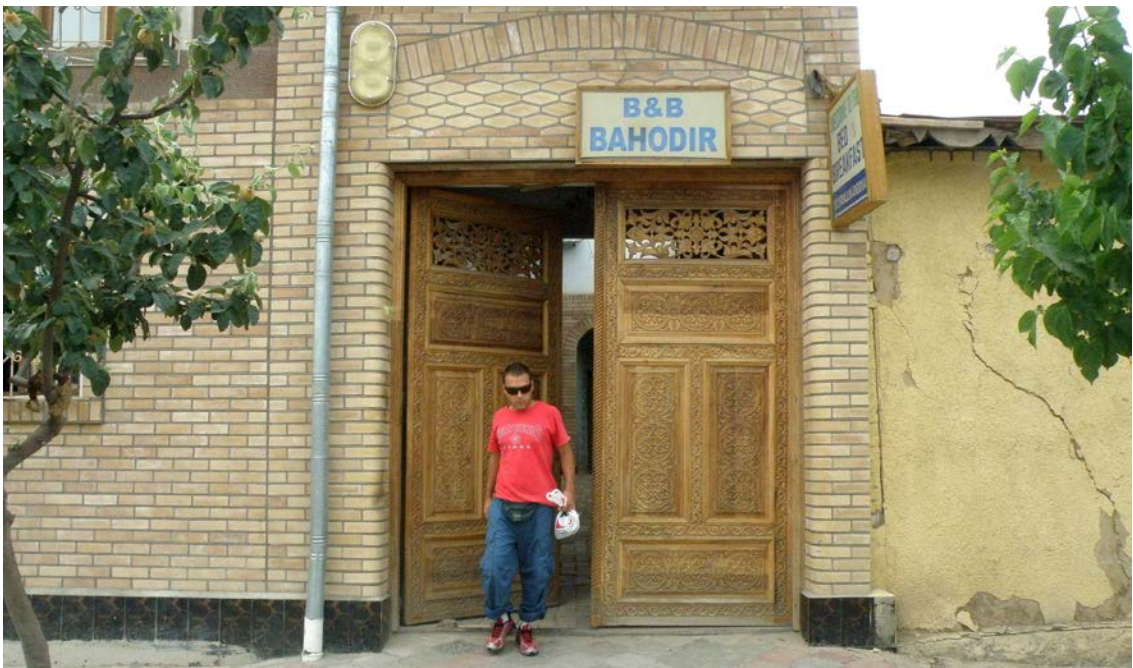
Samarcanda.



Samarcanda.

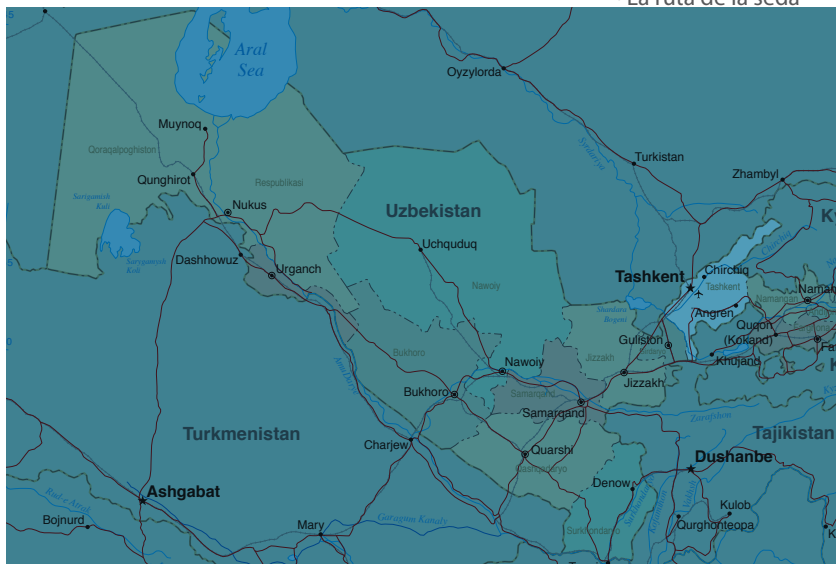


Samarcanda.



Samarcanda.

TASHKENT



Tashkent... Estallido y metales.

Y la plaza, pura explanada y jardines.

¿Dónde estará la estatua más grande de Lenin que tuviera la metálica e implacable Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas?

Ahora sobre el gran pedestal hay un globo terráqueo bronceado en el que resalta el mapa de Uzbekistán.

¿Dónde dormirán los Lenines omnipresentes que poblaron las plazas, y que recordaban a la gente dónde vivía?

¿Qué se dirán entre sí las diferentes estatuas de Lenin de un rincón a otro en sus depósitos? Tal vez estén conformes con descansar de una vez por todas después de tanto y tanto trabajo.

Dicen que su momia aún sigue trabajando. Quizás tenga el consuelo de mandarse



Tashkent, Memorial de Guerra.



Tashkent.



Tashkent.

telegramas con la del viejo Ho y la de Mao.

¿Hay diferencias entre la gente y sus gobiernos?

La que imponga la coyuntura. La gente, quizá, se parezca a la sumatoria del carácter de todos sus gobiernos.

La gente es amable y locuaz. El ingeniero que viajaba en el asiento de adelante no paró de hablar ni de hablarnos desde Samarcanda a Tashkent.

Vi las fotos de todos sus hijos. Trató de que llegásemos a donde queríamos.

También intentó que el chofer nos cobrara más.

En el aeropuerto de Tashkent el sistema estará diseñado para robar al extranjero. Y quedará un resabio (¿un resabio?) de la burocracia hecha a quebrar voluntades y dejar a cada uno en su casa para que se mueva lo mínimo...menos que indispensable...como ya se ha visto.

¿Por qué los oficiales de los lugares públicos son melifluamente hostiles?

Gente fea, dirá mi amiga.

Nos roban (oficialmente) mucho dinero y buena parte del sosiego de los próximos días

¿Qué hay detrás de ese mal que dicen perseguir y que en definitiva causan?

Cuesta comprender cómo los pueblos pueden sufrir tanto agobio.

Se dirá la ignorancia, pero no ha sido el caso.

El carácter.

Allí habrá una explicación.



Tashkent.

La pregunta tiene una cadencia calculada. Como si llevara la semilla de alguna realidad que no esperamos.

Todas las preguntas suenan inocuas, informales.

No los son.

Llevar a decir lo que no se piensa.

Al error.

Hay una estructura en las preguntas. Entrenamiento en el oficio.

La cultura de destruir al interpelado, minar la voluntad.

Fue tres días antes de lo del aeropuerto, fue un antecedente.

Fue una media hora, en una habitación gris contigua al gran hall del metro (nos habíamos sacado fotos en una de sus galerías). Una habitación pequeña con un escritorio y un teléfono viejo y negro.

El oficial bajo y aséptico averigua donde estamos alojados y nos dejan salir del metro (no sin antes hacernos borrar las fotos).

Las anchas praderas y las montañas lejanas. Los Yurts que ya no están , una mujer larga en medio de la tierra arada, las casas bajas, fuertes y espaciosas del campo uzbeko, la labor del Islam en la mezquitas y ciertas voces dulces son condenadas al recuerdo.

Eso ocurrirá una tarde encerrado en una pieza amarga, después de que nos soltaran.

¿Cuándo comienza la vida?

Sobre las crestas sucesivas donde el rojo y el azul juegan con el yin y el yang de los minerales, se ven a veces, colonias de hombres dedicados a rascar la tierra.

A rascar el cobre y el tungsteno.

El silicio y el estaño.

Hombres como líquenes empecinados en comer las crestas, indiferentes, como los elefantes frente a los chacales.

Si tan solo llegara el agua.

Pero el agua se muere de sed en el camino que quiere construir el hombre.

Le bossu de Jean de Florette no hubiera venido nunca.

Turkmenistán se ve desde el aire como un gran territorio durmiendo el amoral sueño de los minerales.

¿Cuándo comienza la vida?

Con dos átomos de carbono que tal vez un sol (quién sabe cuál) ha querido unir.

¿Con esos hombres como musgos chupados al polvo y a la roca?

¿Con el esperma de las plantas y el polen de los hombres?

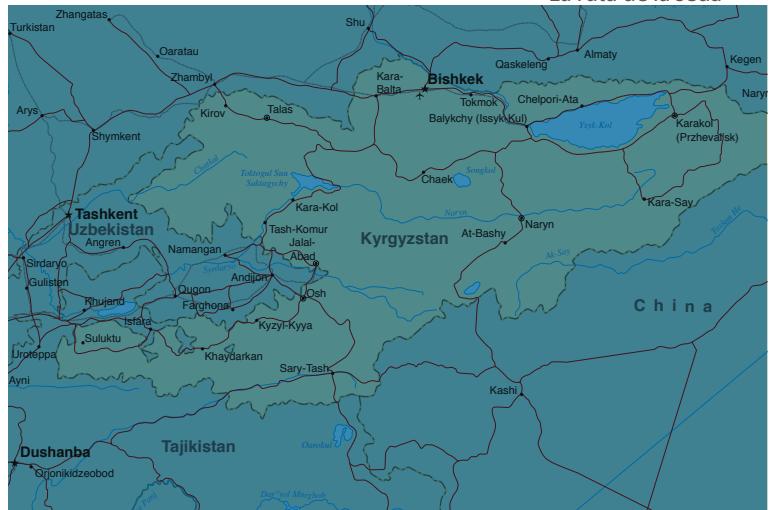
¿Con los gineceos de taco largo y las vaginas de las flores?

Todos del mismo olor que mayo extrae de los azahares temblorosos en las veredas demasiado verdes de Tashkent o Bishkek.

Y también en alguna esquina de algún pueblo sosegado que el sol apenas espía.

El aire huele a sexo en los apagados, demasiado sombríos, parques gigantescos.

KYRGYZSTAN



Guinadi dice que esos son los AllaTau.

Como el auto ruso, dice.

Y dice que aquellos son los Shian Tan, frente a quienes nuestro Aconcagua se sentiría cohibido.

En el medio la gran planicie donde ya no se verán yurts.

Guinadi es un hombre suave que maneja ahorrando combustible y cumpliendo con las reglas.

Guinadi es un hombre decente.

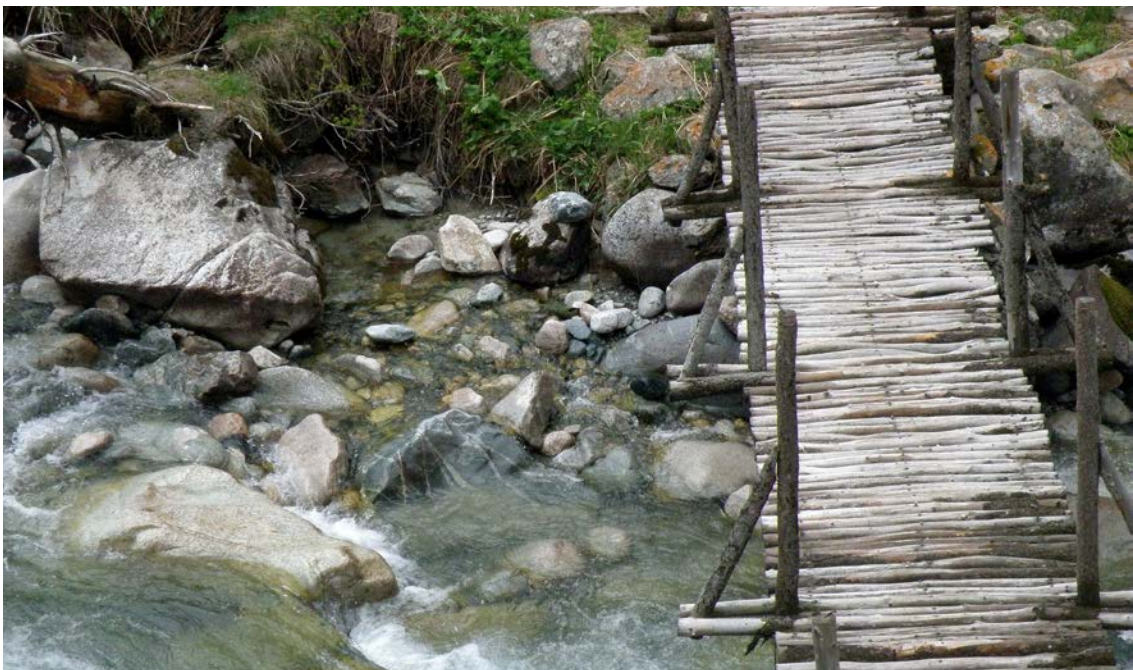
Lo opuesto al indecente dar la mano de los policías por las calles antes de requerir los pasaportes.



Kyrgyzstan.

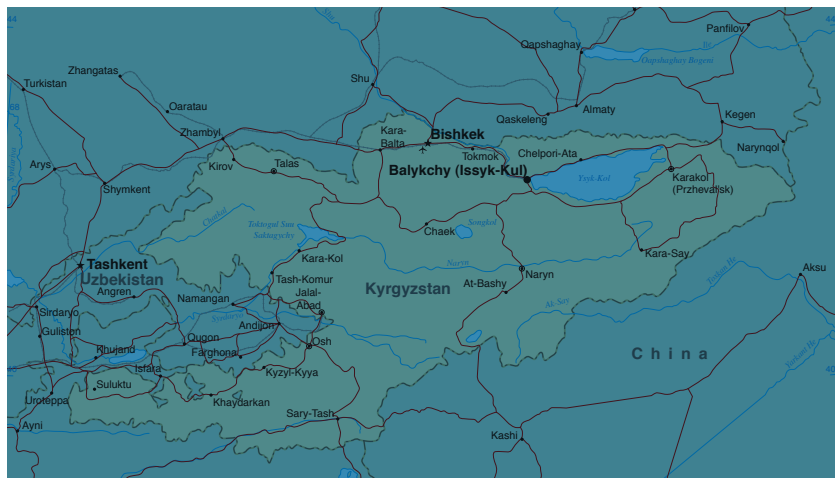


Kyrgystan.



Kyrgystan.

ISSY KUL



Hace rato que nos acompañan. Aún no hemos dicho nada.

Aún no les hemos dicho nada!

Y eso que hace días que nos acompañan la amapolas rojas contra el trigo.

¿Qué le estarán diciendo al alemán de cabeza gacha y pelo grueso? ¿Conversará con ellas por la planicie verdecida? ¿O sólo impulsará un ariete de testuz y rueda delantera?

El lago más alejado del mar dicen. El más profundo. El segundo más alto después de nuestro renombrado Titicaca.

Issy kul. Azul turquesa en medio de la planicie que encestan las montañas grandes. Transparente y solitario. Silencioso, cerca de la planicie verde y no tan cerca de la gente. En la playa hay un gordo blanco con una sunga mínima que conversa frente al lago. Está de pie con las piernas separadas. Pienso en embutidos, en vodka, en panzas orgullosas, en mafia rusa. No puede ser... le correspondería la rivera opuesta, la de las nuevas casas ricas.

En Cholpon Ata los caminos hasta el lago contiguo son muy pobres, muy pobres y abandonados. Y son difíciles de encontrar.



Issy Kul.



Issy Kul.



Issy Kul.

Los caminos a las magnificas casas de la playa, coloridas de azul y rojo en los techos, donde se ven Mercedes, son magníficos, como las casas. Tienen prohibida la entrada.

En Cholpon Ata, de noche, tomamos vino del Moldava, cabernet, y fumamos un cigarro. Hay un lago, hay vodka y hay agua caliente en la ducha.

Guinadi se echa a un costado de la ruta. Pasa el primer ministro y su séquito de autos veloces (tiene una de esas casas a orillas del lago).

Guinadi se echa a un costado de la ruta (pasa otro grupo de autos veloces escoltando a alguien...no es el primer ministro, Guinadi dijo que ya pasó antes).

Kenia, tal vez 1998.

Los de los autos, ¿serán amigos del gordo blanco?

Alguien quiere pensar que sí, y que entrarán al lago y a las casas caras por los caminos que la gente tiene prohibidos

¿El gobierno de Kyrgystan es todavía socialista?

Bishkek. Volvimos rápido

Avenida Panfilov.

Es un parque de diversiones como los de la década del 40. Verde y rojo oscuro.

Un padre con su hijo pequeño sale del parque.

¿Es alegría, esa higiénica alegría?



Bishkek.

TURFAN



Erdeaoqiao market. Urunqi. Parten desde aquí.

Viajaremos en autobús hasta Turfan o Turpan, o Turufan o Tulupan. Es difícil ver el parecido entre la “p” y la “f”, entre la “r” y la “l”.

Ya sabíamos señol.

La gente se mezcla en las tiendas. Los edificios son nuevos pero todavía hay de los viejos, sucios y pobres.

¿El baño?

El hombre señala con un gesto ampuloso. Es para allá.

Sobre una canaleta, un pie a cada lado, en línea y en cucullas unos cuatro hombres cagan tranquilamente. Otro hombre y yo meamos de espaldas a ellos.

La frase no queda bien... el baño tampoco.

El autobús no sale hasta llenarse. Parte en horario.

Tal vez se vea desde algún satélite como un microorganismo siguiendo la cisura que hay entre el Gobi y Taklamakan, donde las aguas reptan hasta morir y donde los chinos probaron la energía del átomo.

¿Cómo puede ser que Urunqi termine así de golpe, apenas a la vuelta del mercado, desde donde parten los autobuses, uno detrás del otro?

¿Cómo puede darle la espalda al desierto, tan cabalmente?

¿Cómo es que la ciudad donde florece la hipertrofia del cemento y el neón, donde corren los automóviles y las personas se convierte en nada, extramuros?

Lo operaron de laaa...

Lo operaron a corazón abierto. Y la presión de las costillas sobre la columna lo dejó con mucho dolor. Pero se recuperó enseguida

¿El miedo?

El miedo no era importante. Si no lo operaban, partía.

Lo operaron deee...

Le pusieron una válvula artificial que hace tic, tic. Le dura para siempre.

¿Cómo hace?

Tic, tic, tic.

Tendrá que tener cuidado con los imanes.

¿Cómo?...de la tricúspide, eso. Sí de la tricúspide lo operaron, de la tricúspide.

Le pregunto a Martín si a él no tendrían que operarlo de la trifásica.
Y a encéfalo abierto.

¿Cuándo comienza la vida?

Ahora.

Se ve un reverdecer generoso, desencadenado.

El oasis.

Se ven las viñas que crecen dándole fuerza a la mancha intensamente verde que se extiende chata, más bien hacia la izquierda del autobús.

Las viñas de Turfan.

Las viñas darán uva que se destina a secado en un 95 %, dirá Mike mañana.

El resto es para consumo fresco y vino.

La vida vuelve a ser dulce bajo las larguísimas glorietas de Turfán, donde relucen los pisos de mosaico y donde cuelgan los racimos de uvas demasiado dulces, regados cada día.

La vida es dulce frente a la cerveza y los mínimos brochettes que la exquisitez china sabe elaborar.

Es dulce bajo la noche sosegada y el bullicio de la gente, las luces y las músicas (suena “Para Elisa”, siempre me gusta).



Turfán.



Turfan.



Turfan.

TUYOK



Ahí detrás, como una sombra sirve té.

Vuelve una y otra vez con la pequeña pava que acaba de llenar.

No deja que los cuencos se vacíen.

Sorban almuerza. En la cesta hay galleta, almendras con cáscara, una legumbre tostada, unos dátiles y una pasta de harina que hornean para las fiestas.

Ella trae más galleta y se lleva la pequeña pava que llena con otra más grande y de bronce, muy pulida por las manos ásperas.

Sorban come haciendo ruido.

Hace sonar el rito del almuerzo, sorbiendo el té y chasqueando la lengua.

Esa familia es la familia de Sorban. El padre le da nombre.

El padre sólo se llama Sorban.

Él se levanta y nos vuelve a llenar los cuencos con té.

Bajo la parra contra las paredes revocadas con adobe y talladas con unas líneas geométricas repetidas, come inmune al sol feroz.

Ahora 40, en el verano 60.

Nunca salí de Turfan dijo, Mike, que habla perfectamente inglés.

Lo aprendí de mis amigos americanos.

China, es el país más grande del mundo, la primera economía, dirá un rato después.

Ahora come también en la mesa de Sorban, muy lentamente.

Tuyok tendrá mil años. Las generaciones nacen y mueren aquí.

Me pregunto si Sorban habrá salido del pueblo. De este pueblo color de tierra bajo la Montañas Flameantes, separado de Turfan por muchos minutos de una sequedad que agobia.

Las montañas echan fuego en el verano.

¿De qué vive Sorban?

De esta parra. En China la superficie se mide en... Equivale a 666 metros cuadrados.

Sorban distiende el eructo para darle sonoridad.

Hacer sonar el acto de alimentarse.

Sorban nació bajo esta parra y morirá bajo esta parra, bajo este fresco acogedor.

Habrà bebido mucho té.

Es Uigur y musulmán.

Ella trae alguna galleta más.

Le pregunto a Mike (nunca sabremos su verdadero nombre) si él es amigo de Sorban.

Sí me dice, desde hace diez años.

Le pregunto a Mike cómo se llama ella.

Mike piensa.

No sé, nos dice.

Mike se va a casar el año que viene. Tiene 23 años. Dice que es bueno casarse joven para no descontrolarse. Y nos mira con un gesto de interrogación.

A las mujeres casadas no se las puede tocar. Solamente el marido.

¿Cómo se llamaría ella?



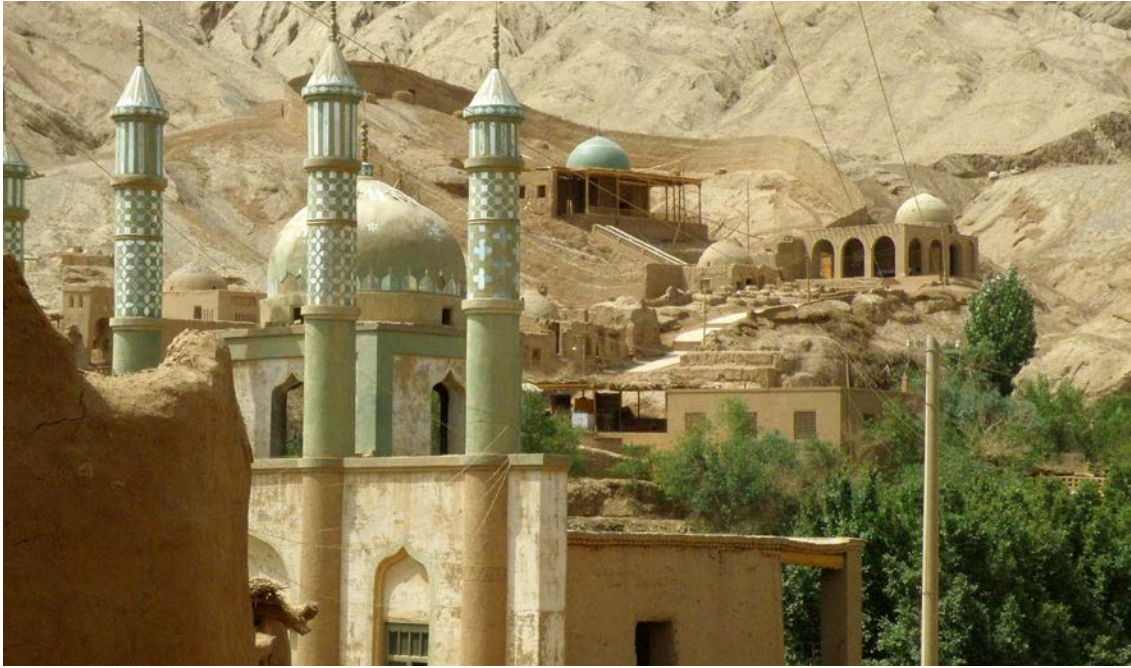
Tuyok.



Tuyok.



Tuyok.



Tuyok.

Beyasebat (no ella, el lugar de las grutas).

Se puede entrar a apenas seis de la grutas donde se adoró a Buda.

El calor no acompaña. Fomenta la molicie de esta tierra que fríe huevos sobre sus piedras.

Usted se molestará con el hecho de que se hayan manchado con barro rojo todas las caras de lo mil Budas que adornan las paredes.

Usted se enojará con los que se llevaron las estatuas o las destruyeron.

Le echan la culpa a un alemán que las embolsó junto con los frisos para Berlín.

Después las bombas de los aliados coronaron el trabajo.

Pero usted se da cuenta de que todas las caras embarradas no pueden atribuirse al alemán perverso.

Se da cuenta.

Éste que escribe también.

Y debe aclarar que su corazón se inclina mejor hacia el hombre gordito, sonriente y meditativo que a la medialuna y la estrella.

Los mandaría a la mierda.

Pero a él no le gusta el exceso

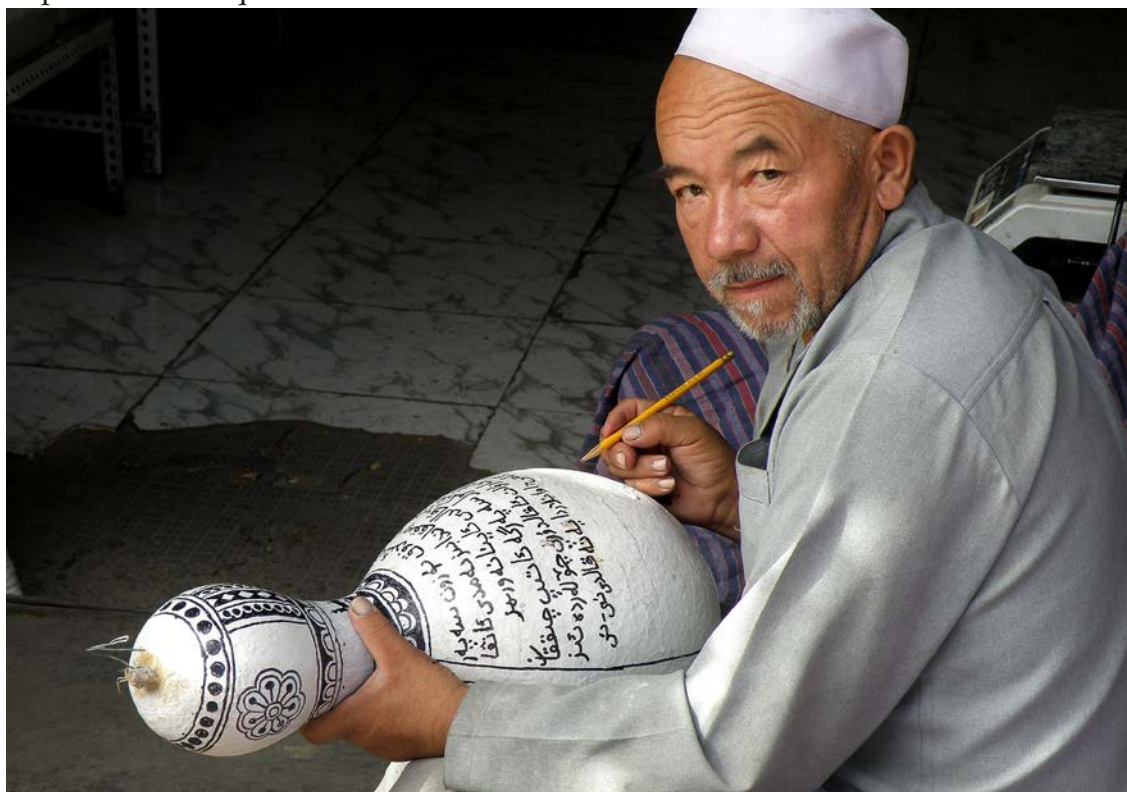
Lo de las grutas, definitivamente lo es

Ninguna novedad. ¿No le parece?

TURFAN



Lo que no ha llegar nunca desde el cielo, llega cada día desde la profundidad. Hormigas haciendo orificios cada diez metros y juntándolos por debajo para que se vaya extendiendo la red de canales subterráneos. Las venas de agua reparten racimos suculentos y sombra. Verde. Los hombres pequeños como hormigas metidos en la tierra y obligando al agua que viene desde las grandes montañas a que baje al valle donde cunden las vides y los álamos. Esa es la sangre de la ciudad. Mi padre baja cada año para limpiar los sedimentos que se van acumulando en los canales, como los demás agricultores. Pero el agua generosa y transparente comienza a acabarse. Llegaron las fábricas y más hombres. Si el agua se acaba adiós Turfán, dice Mike. Todo se va a acabar en algún momento. Probablemente Turfán un poco antes. Lo que importa ahora es que mañana a la mañana las vides todavía están.



Turfan.



Turfan.



Turfan.

Mike dijo: aquélla es una tormenta de arena.
¿Es peligrosa?
No, no es peligrosa.
Dos horas después dice que escuchó que es una tormenta grande.

Amanece.
¿Está nublado, no?
No. Es arena.
Mañana a la mañana las vides están, y también la arena.
No es arena. Es polvo.
Bruma roja que cubre toda la ciudad.
Mucha gente no sale. Otra se tapa con barbijo. Parecen estar a la moda con este asunto de las pandemias.
En la estación nos dicen que no hay autobuses para Urunqi.
¿Hasta cuándo?
Hasta que se vaya la tormenta.
Necesitamos un taxi, rápido
El taxista nos dice que no puede salir hasta llenar el auto.
Salgamos ahora, pagamos más.
El hombre, finalmente, desiste, no se atreve

Otro, más alto y delgado se acerca. Yo los llevo, dice el hombre adusto. No sé si llegamos a tiempo.
Le entendemos.
Vamos.
Es como niebla completamente cerrada, pero rojiza. Apenas unos dos o tres kilómetros y se disipa. Nos alegramos.
Pero vuelve. Vuelve el polvo y otra vez vuelve la preocupación de que el hombre se arrepienta.
Más nos vamos a preocupar dentro de unos veinte minutos.
Es un valle donde hay grandes molinos generadores Una hondonada parda donde se yerguen los delicados gigantes blancos que cargan energía a baldazos con sus brazos de locomotora.
Eso lo pensaré dos meses después.
Ahora el viento es brutal y permanecen amarrados, inmóviles, como si no soplara. El viento no se verá en las fotos. Pero es fortísimo.
En el otro carril de la autopista todos los camiones volcaron. Uno detrás del otro y yacen a lo largo mostrando el vientre.
Muchos llevaban un aspa de molino a cuestas.
Nadie circula, salvo nosotros.
El hombre habla continuamente con el celular. Mira a un lado y a otro.
¿Cómo será mañana (en el mañana) recordar este viento desmandado y la soledad del auto siguiendo a duras penas la línea del asfalto? Esto lo pienso ahora.
Una piedra da en la ventanilla. El hombre mira. Como si hubiera sido atacado por sorpresa.
Cada Tanto se ven dos o tres vehículos puestos de cola al viento. Nosotros seguimos.
Mañana todo esto será una hora. Una hora tensa y de silencio obligatorio, y unas líneas más entre las páginas que vino dictando un viaje.

Una hora, “apenas nada más”.



Taklamakan.

Sí, lluvia.

¿Cuál será la frecuencia en este desierto?

Mike dijo: aquí no llueve jamás.

Hoy llueve y bien.

¿Y el alemán? Seguro que opondrá algún ingenio a este desierto que todo lo esmerila. Espero que no sea apenas de cuadriceps, de agua y de gemelos.

¡Qué bueno si le cayera alguna lluviecita como aquella!

Imposible, no le va a caer ninguna.

¿Cuánta soledad le quedará todavía cuando vuelva a su Alemania?

Teníamos que llegar antes de la una de la tarde. Son las diez y estamos de nuevo en Urunqi.

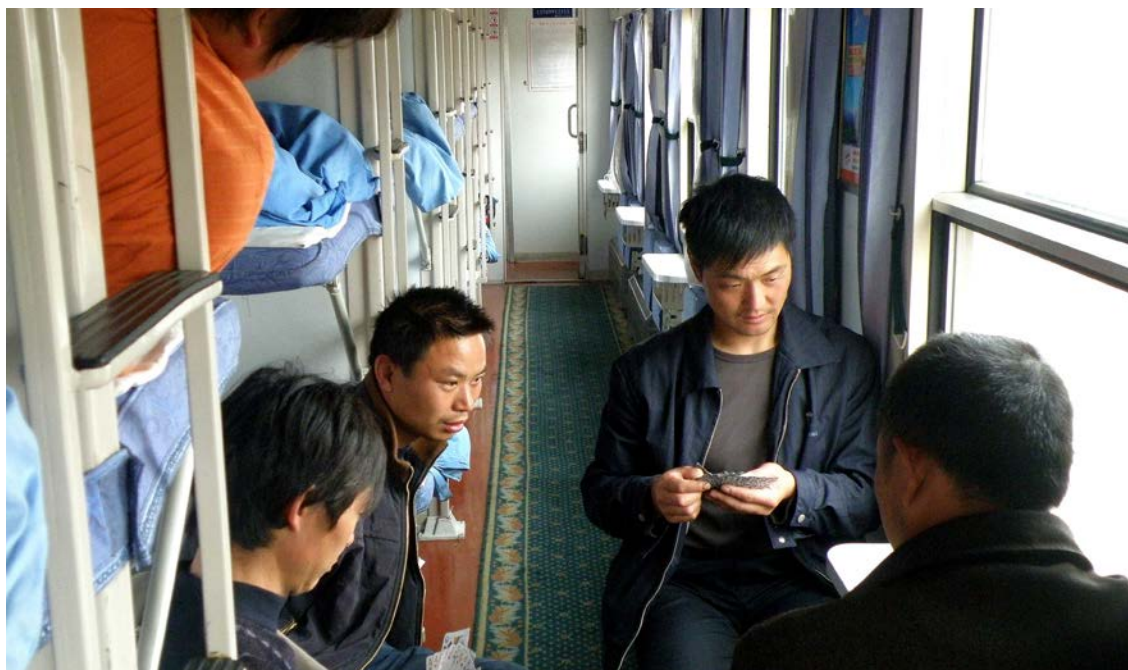
Viajamos siempre solos, salvo a la entrada de la ciudad.

El chofer nos mira satisfecho. Con alegría.

Parece decir “vencimos”, y nos damos un apretón de manos sosteniendo las miradas.

Le damos su dinero bajo la llovizna muy fría.
En un bar a dos cuadras de la estación pediremos café.
Nos dirán “café”
Sí, yes, oui.
Nos repetirán “café” y no se moverán.
Probamos, té, tea, chá.
Ahora sí. Traen el té que nos acostumbraremos a tomar en los próximos días. Nada para comer.
¿How much? (eso lo entienden)
No nos cobran.
En el almacén de la esquina compramos algunas provisiones.

¿Por qué los chinos no se quedan nunca quietos?
¿Por qué no paran de hablar?
Esperamos en un salón muy grande dividido en sectores para cada tren. Son como corrales con una puerta que da a un amplio pasillo lateral que irá a los andenes, suponemos. Suponemos que cada sector corresponde a un tren.
Nadie parece respetarlos. Mucha gente cruza por sobre las barandas de un lado a otro. Algunos permanecen quietos y en lo suyo.
No entendemos el tablero. Creo que a la mayoría le pasa lo mismo.
Cada vez que un agente del ferrocarril abre una portezuela todos quieren abalanzarse.



China, Oeste.

¿Cuál será nuestro turno?

En algún momento llega. Salimos eyectados, como todos, los agentes nos van indicando.

Es muy fácil.

¡Ya estamos arriba!

El tren cruza el desierto hace 24 horas.

Todo lo nuestro es pequeñez y tristeza.

¿China no irá a escorar hacia el este, con todo el peso de ese lado?

El tren cruza el desierto hace 30 horas.

¿Vamos a dormir?

Los hombres chinos hablan en voz alta. Largo rato. Beben...va a ser difícil dormir.

Una mujer (la voz no es la de una mujer joven) les dice algo.

Por fin se callan.

El que parecía comandar al grupo se acostará en la cucheta que está encima de la de Martín. Va a roncar toda la noche... y no se ha lavado los pies nunca en su vida.

Pasamos Dunghwan. Tal vez Lanzhou.

A la mañana terminó el desierto y aparece el Yang Tze.

Es bastante amarillo. El nombre le va bien.

El chino de la voz cavernosa sigue oliendo muy mal. Anoche comió haciendo mucho ruido, especialmente cuando sorbía el caldo de sus noodles.

El desierto ha terminado, en efecto, con el río que sigue amarillo y con nosotros.

Aparecerán primero, las terrazas escalando la montaña, perfectamente planas de ancianidad.

Después las pequeñas parcelas, perfectamente planas de ancianidad, junto a las casas.

Las casas nuevas, simpáticas donde los solares semejan los jardines de césped de un buen barrio burgués.

Están llenas de agua y emergen, ralos, los mechones de arroz.

Allí, al pasar, en un punto tripartito la boca de la bomba surtiendo agua, repartiéndola con su fluvial garganta.

Bombas...bomberos. ¿quién reparará esas nobles bombas?

Estas nobles bombas laboriosas hablan mandarín, por supuesto.

Aplanado. Inundado, plantado.

Todo el espacio, un mosaico de rectángulos verdes.

Hombres y mujeres descalzos. Huesos sobre el agua. ¿Desde cuándo?

¿Hasta cuándo, mi Dios?

Hombres extenuando la pachamama.

¿Cuántas veces una huella se habrá ajustado perfectamente a otra bajo el agua?

¿Qué habrá experimentado la primera cuándo se sintió ocupada por su sosías? ¿Se habrán reconocido?

¿Fue eso hacer el amor?

¿Qué ruido hicieron?

¿Qué sintió el propietario del segundo pie?



China, Oeste.



China, Oeste.

CHENGDU



La medida de Chengdu es más humana que en Urunqi. Se terminó el desierto, recordamos.

Usted la ha cortejado muchos años.

La va a seguir cortejando, ¿verdad?

No lo sabe.

Es difícil cuando alguien se ha adueñado de ella. Es probable que ella quiera.

Pero ahora no puede.

Hay que pedir permiso.

Sí, permiso.

Ahora usted no tiene permiso.

Y no podrá conversar con ella y tal vez amarla.

No podrá, por ahora.

No tiene tiempo de obtener permiso.

No entrará a Tibet.

El Potala seguirá solitario en un libro que recibió de su abuelo: “Maravillas del Universo”

Del universo, no.

De los chinos que liberaron a Tibet reduciendo la población en un cuarto...

O peor, en un tercio

Los hombres y los yaks seguirán solitarios en sus libros. Y bajos...tal vez para disimular semejante altura.

Mao, está al fondo de la plaza florida, delante de un marco de inmensos edificios donde juega la fantasía china. Delante se extiende la plaza, tal vez de trescientos metros de lado.

En el medio, un foso hace la entrada del metro modernísimo.

Mao es de concreto y levanta la mano envuelto en su sobretodo largo, aséptico y gris.

Señala.

China se desborda. Es crecimiento desencadenado.

Se arranca las antiguas cadenas forjadas con el hierro amargo de la pobreza.

Todo se expande. Todo es gigante.

¿Dónde están las cabañas bucólicas rodeadas del arroz de futura nata?

¿Hasta donde irán estos seis toros poderosos como toros?

¿Hasta donde llegarán tirando del extremo de cada eje del espacio?

¿Por donde los cruzará el dragón del tiempo?



Chengdu.

Los ojos de los dragones se abren desmesurados.
Los de los dioses también. Sin maldad ni bondad.
Tal vez locura.
Tal vez asombro y misterio.
La mirada inaccesiblemente abierta de las máscaras del teatro.
Inclinación y sugerencia. Juego y ensueño.
Como en las laderas labradas a golpes de uñas, la humana magia ocupa todo.
Los leones no son leones. Las laderas no son laderas, son balcones de arroz o ligustro. Las
cabras sagradas que todo lo curan, no son cabras.
¿Qué ven estos ojos que no ven los suyos, amigo?
¿Qué hay detrás de todos estos hombres y mujeres más bien pequeños?
¿Por qué tanto lunático ornamento?

Los ojos de estos dioses se abren desmesurados.
Tal vez no estar.
En el templo Qingyang hay muchas representaciones del curvo juego del yin y el yang.
Poco de Lao Tsé.
Y muchos ojos desorbitados de “no estar” en los dioses taoístas.
¿Sabe Lao tsé que sus acólitos tienen tantos dioses?

Tejas casi negras, apretadas e innumerables,
La voluta ondulante de los vértices. Aparecen las pagodas.



Chengdu.



Chengdu.



Chengdu.

Buda no.

Los mil Budas, siempre mil, no.

Al Buda repetido se le ocurre alguna picardía. Véale la boca y los ojitos.

Y que no molesten que allí está todo bien. Todo en su lugar y quieto.

Todo quieto bajo la enramada del monasterio Wenshu.

Unos viejos, muchos, descansan sobre un puente curvo. Parecen muy viejos.

Árboles y retiro. Monasterio. Siempre igual.

Todo quieto, incluso el rumoroso manantial que pasa debajo de los viejitos silenciosos y esperando.

Quieto se va a quedar el pobre Dáfó de Le Shan.

Pobre Dáfó, gigante.

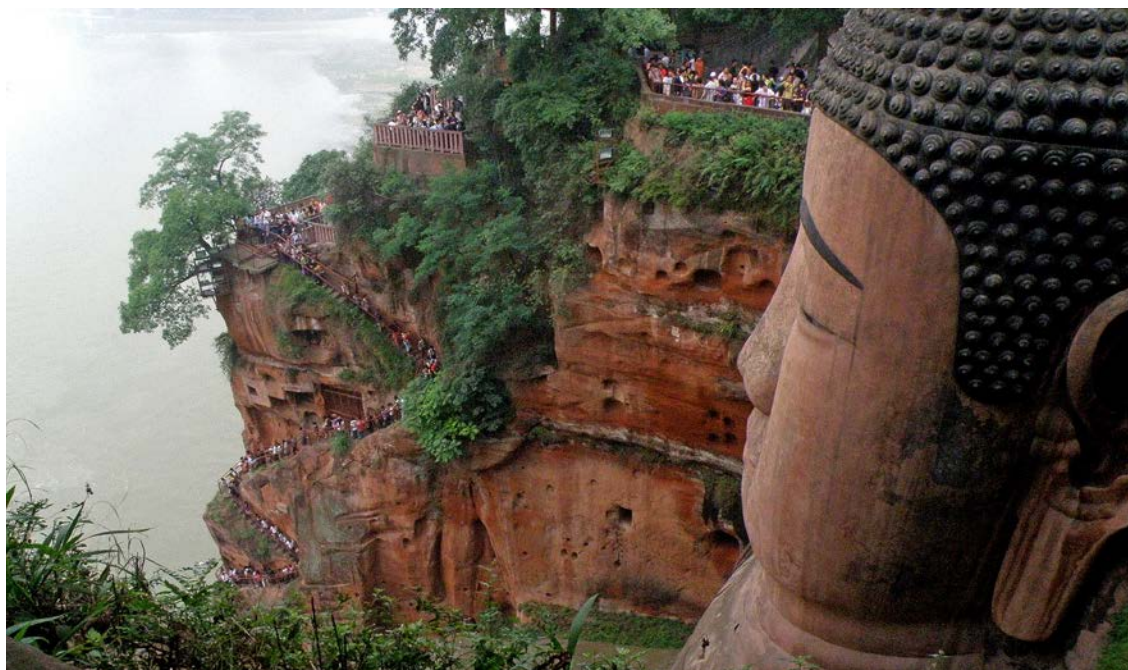
Ahí mirando las aguas enfrentadas del Dadu y el Min.

Mirando cómo marcan territorio antes de irse de la mano hacia el mar, en su fluvial encuentro.

Las aguas del Dadu y el Min.

Y Dáfó, el Buda gigante, uno de los dos más grandes del mundo (¿cuál será la importancia de eso?), allí sentado.

Pobre Dáfó, bobo y linfático. No creo que pueda pararse nunca, con semejante pie plano.

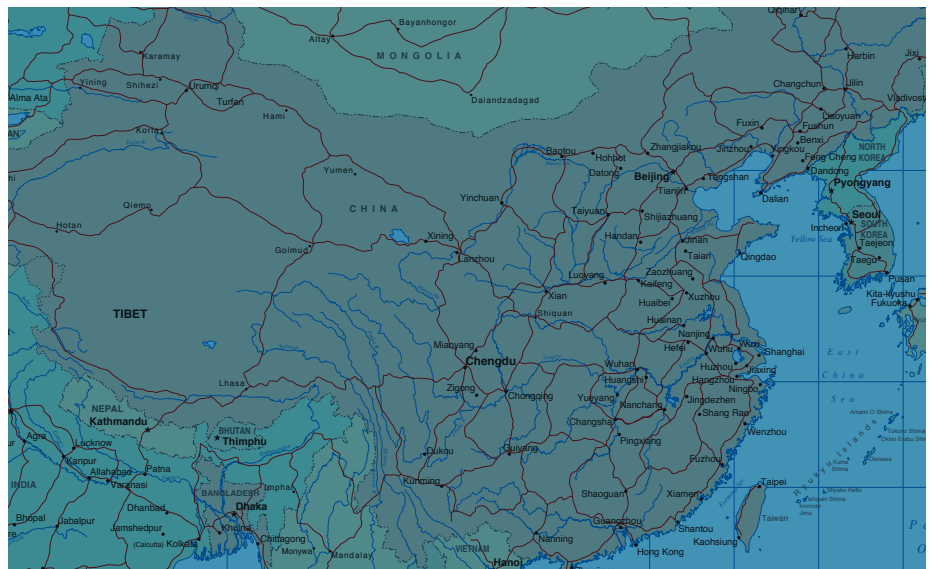


Da Fo.



Le Shan.

TIBET



En la cena de Confucio, Lao Tsé, Sidartha y los otros... usted sabe, ¿no se habrán agarrado la cabeza por lo que hicieron sus alumnos oficiales?

Y la tierra mojada, geométrica y verde, otra vez mojada, ¿sabrá que inventaron el sábado para descansar?

¿O solamente conversa con su sobrinito: el corazón de bomba roja?

Jantine Saul... ¿verdad que suena bien?

Es canadiense (mitad irlandesa, mitad holandesa). Sigue desde hace cuatro meses un programa de educación sanitaria perdida en un pueblo perdido en la provincia de Sichuan, entre Birmania y Tibet.

Dice que el paisaje es hermoso. Que la gente vive bajo la línea de la pobreza pero que tiene la tierra de donde puede extraer su propio alimento. Eso es diferente, dice.

Hay peces, hay mucha vegetación y bellos montes. La controlan mucho porque Sichuan limita con Tibet y ella es occidental.

Tomo té verde, pero amo el café.

Hace demasiado que habla solamente con su intérprete.

Es un placer conversar con el viajero (tal vez haya llegado la hora de agradecer el apelativo al otro viajero leído en su viaje a Portugal).

Hablan de literatura y del oficio del poeta.

El viajero le dice cuales son sus poemas preferidos (elige algunos).

Jantine está ávida.

Volverá pronto a su pueblo en Sichuan donde la gente ha tomado conciencia de la higiene y la salud.

El viajero piensa que le gustaría conocer ese pueblo, y quedarse mucho menos que un año.

Jantine se encontrará con su amigo.

Dice "su amigo" por segunda vez. El viajero, como es lógico, no se alegra por la repetición. Estarán con su maestro trabajando cerca del templo del Boudha. Son budistas.

Y son de Vancouver.

Otra vez Vancouver y las ONG. Alguno quizás se acuerde del cuento "Trecking", donde jugaban Mike y Bárbara.

Al viajero le llama la atención la coincidencia y se atreve a molestar con referencias demasiado personales.

Me acuerdo, vaya a saber por qué, de un derruido patio trasero de un edificio, entre escombros. Sobre el agujereado techo de fibrocemento, hace días, hay una gata blanca con sus cuatro blancos hijos adolescentes.

Ahora la veo irse sola hacia la izquierda. Los muchachitos se quedan en las depresiones de la chapa de fibrocemento. El patio trasero y ruinoso está cercado de edificios potentes.

Acabo de llegar. No están los gatos. Se han ido todos.

¿Les habrán asignado un nuevo patio donde puedan darse ciertos lujos?

¿O se habrán ido al mismo lugar donde tuvieron que irse las últimas casas pobres de madera?

¿Qué eran esos fugaces cinco gatos blancos, importantes en el mundo de mis gatos?

Usted se dirá:

qué leve es el aire del Tibet.

Se cuidará y subirá sin prisa por las escaleras.

El aire, las escaleras. Aguardar en el recinto amplio y vacío de la sala de espera cuyos ventanales le impiden la libertad de los caminos.

La impresión en la retina, y la camiseta para su hijo son lo poco que el aeropuerto le permite llevarse de Tibet.

Vuelve a decirse que es una pena. Está, en verdad, dolido.

Next time.

Recuerdo de Cheng Du (de noche).

Martín le muestra la foto del catálogo. Quiere ese plato.

La camarera va a la cocina. Vuelve y le dice (¿le dice?) que no.

Martín señala otro plato que se ve apetitoso.

La moza se va de nuevo.

Vuelve y le dice (dejémoslo así) que no.

Martín señala un nuevo plato. La moza vuelve a irse. Regresa para decir que no, que no pueden preparar ese plato.

Repite algo, dos o tres veces. Dentro de un instante nos daremos cuenta de lo que está diciendo.

Martín señala lo que parece mixed fried rice.

Ella dice OK. Ya no vuelve de la cocina. Es decir, lo hace a su debido tiempo con el abundante plato de arroz (es casi igual en todos lados)

Antes (unos instantes) había dicho “cooker go home”.

Cooker go home, repite Martín y le da rienda suelta a la carcajada.

Habíamos llegado sobre el momento de cerrar, 21 horas.

La moza, tal vez sea la misma, tal vez no, me escribe algo en un papel. Lo escribe en chino y me lo da para que lo lea. Me lo da para que entienda porque no la comprendo cuando habla.

Tendrá entre quince y dieciocho, pero quién sabe. En Vietnam todo el mundo era más viejo de lo que parecía.

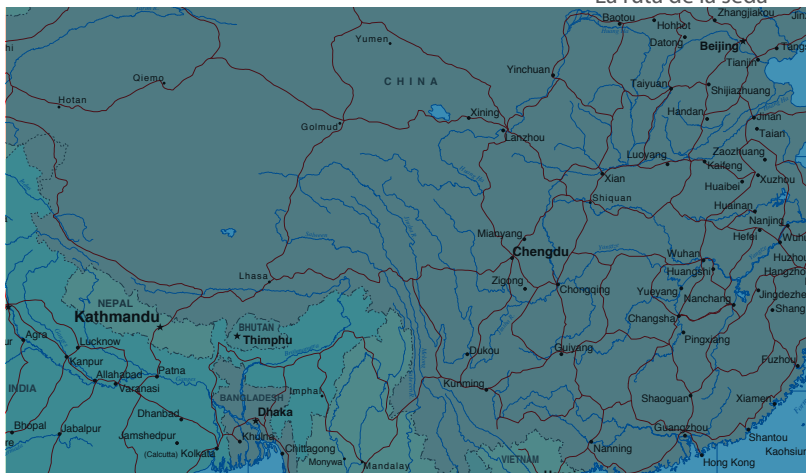
Miro el papel gentilmente y le sonrío. Entiendo tanto como cuando habla. Al cabo de unos minutos escribe otro papel. Observo con buena disposición. los ideogramas chinos.

Le sonrío y repito el gesto con las cejas y las manos.

Me parece que puede entender que no la comprende cuando habla, pero no concibe que tampoco comprenda lo que escribe.

Quizás hoy descubra algo nuevo.

KATMANDU



¡Déjà vu!

La misma bajada de hace 17 años. Es angustiante que se vea igual. Peor

Pobre, muy pobre.

Katmandú.

Una villa miseria gigante.

La miseria. Sórdida. ¿Cómo no estalla todo esto? ¿Están tan acostumbrados?

Los chicos, algunos desnudos, otros en calzoncillos, todos varones, se bañan en el agua plenamente verde de un estanque. Podría estar podrida, pero no hiede.

Una niña (vestida) los mira. Ellos se divierten, hace calor y tienen esa agua.

Más adelante, en un pequeño parque de la ciudad camino al Boudha, es más o menos igual. Alrededor del estanque hay algunas parejas que descansan del calor del mediodía, frente al agua opaca y verdosa. Dos o tres chicos se bañan allí también.

Hasta llegar al Boudha se extiende la miseria urbana (me dijeron que así es Puerto Príncipe). Es de lo peor que me ha tocado ver.

Antes del Boudha hay una avenida ancha.

Gente y vehículos van y vienen. Hay huelga.

Tres cuervos están en la misma montaña de mierda que dos vacas y un ternero grande y flaco, en un costado de la avenida. Dos mujeres con sombrilla pasean cierta displicente elegancia...el mundo termina en ellas. Parecen ir de espaldas al mundo.



Katmandu.



Katmandu.



Imagen n° 73 · Katmandu.

En el Boudha los monjes, de túnica bordó pasean alrededor de la stupa. Hay viejos y muy jóvenes.

El Boudha es una stupa y un paseo que circundan hoteles y pequeños restaurantes para los viajeros.

Por allí andará...¿cómo se llamaba? Ah sí, Jantine Saul... y su amigo.



Boudha.



Boudha.



Boudha.

En Bhaktapur, después de la miseria (de nuevo), los templos del Durbar square. Están restaurados. Se ven bien.

En el friso de uno (hindú claro) se ven 24 escenas del Kama Sutra.

Siempre el pene duro y la explícita vagina. A veces algún niño participando del acto.

Rajú lo representa con impune naturalidad. Dedo índice dentro del aro formado con el pulgar y el índice de la otra mano.

Raju dice que la diosa Kali bebe sangre. Que por allí se hacen los sacrificios.

¿De qué?

Gallinas, patos, chivos. Miren la mancha de sangre.

¿Vos sos budista o hindú?

Hindú, qué puedo hacer. Tengo que ser hindú. Los budistas más tranquilos.

No sacrificios.

Si quieren comer carne, compran, no sacrificios

Llueve. Paremos aquí al reparo. Es el Monzón. Sin el Monzón no hay frutas, ni comida, ni arroz. No, arroz sí hay.

Raju, rogá a la diosa Monzonii que pare con esta lluvia.

No escucha, no escucha.

Rezo yo entonces. Dentro de tres minutos para.

En un minuto amaina un poco.

Vamos.

¿Tienes hijos?

Una muchacha de 12.

¿Sólo una?

Ni una más, sólo una. Usted rezó bien, la lluvia paró.

A la diosa le gusta la sangre.

Sí a Shiva. Es la representante de la destrucción. Brama la creación. Visnú la compasión y la protección. A Shiva le gusta la sangre. El budismo más tranquilo.

Esto está bien reparado.

Sí, con el dinero que usted pagó, mucho dinero para reparar Bhaktapur. Una ciudad santa, con mucha tradición.

Pero el rey ése tenía más de cincuenta mujeres, una por cada ventanita más o menos, ¿no?

Sí, el rey muy ocupado, cincuenta y cinco mujeres. Muy ocupado.

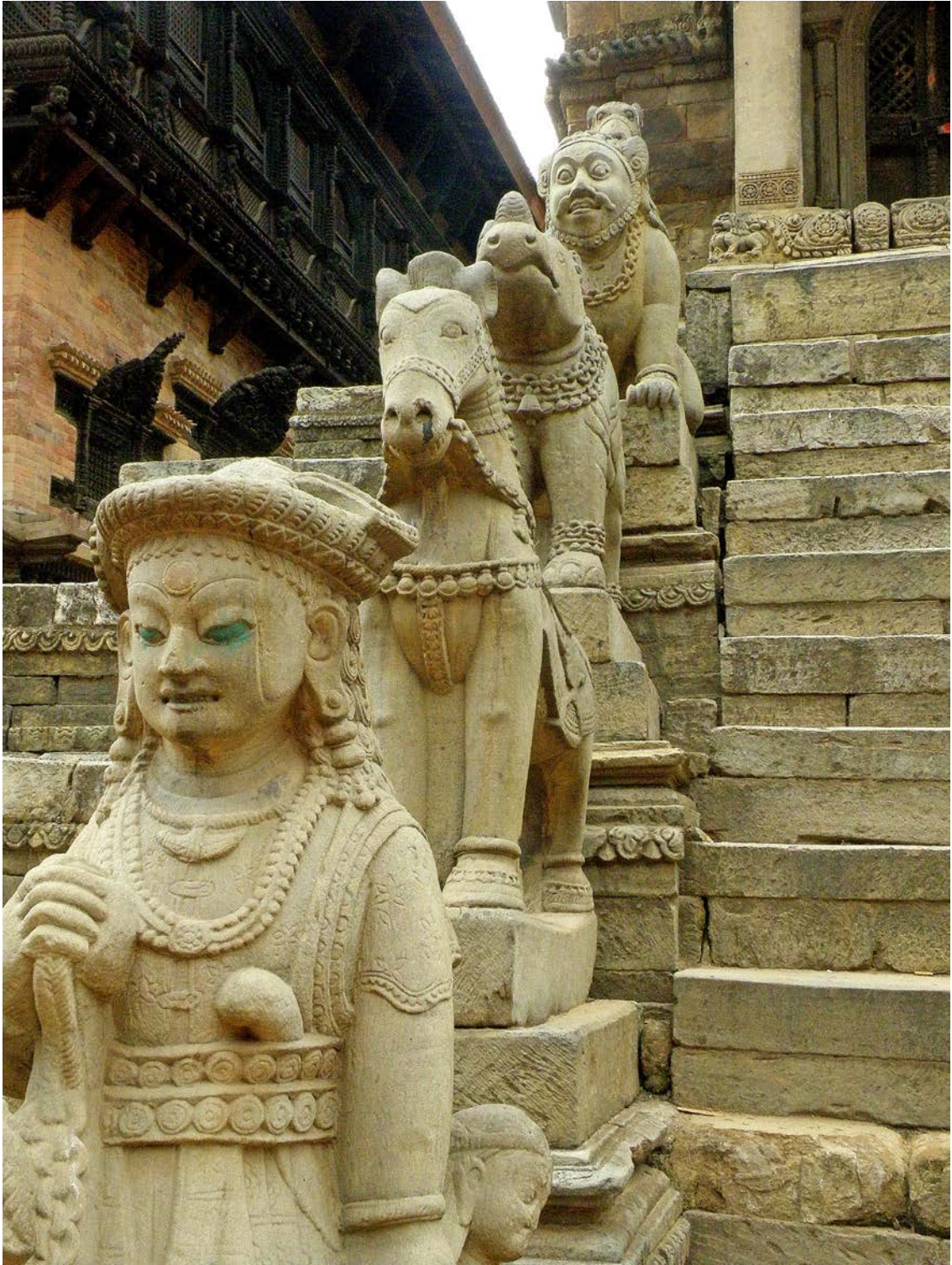
Cuánto es.

El dinero no importa.

¿Está bien así?

Sí.

Chau Rajú, gracias.



Bhaktapur.

NAGARKOT



La dignidad del campo. Las herramientas. El silencio. Las parcelas de arroz. Las otras. El aire limpio. Los árboles frondosos.

La ruta estrecha de asfalto sube y sube en la humedad del bosque. Apenas unos kilómetros para recordar que Nepal es un país inclinado hacia las montañas más grandes del mundo.

Se siente

Vamos a Nagarkot.

Raimon dice que están peor. Que los políticos no se ponen de acuerdo para sacar al país adelante.

Al rey le dieron un palacio en el campo. El hijo está en Singapur.

El diario dice que los maoístas sostienen que los que detentan el poder preparan su arribo.

Hace un año desde que hay república. Todavía no hay nada que festejar.

Huelga.

La ciudad se hunde en la miseria.

¿Cuánto dinero dejarán los insistentes montañistas, los insistentes caminantes, los insistentes hippies crepusculares? ¿Qué le hace falta a este país para salir de la miseria?



Nagarkot.



Nagarkot.



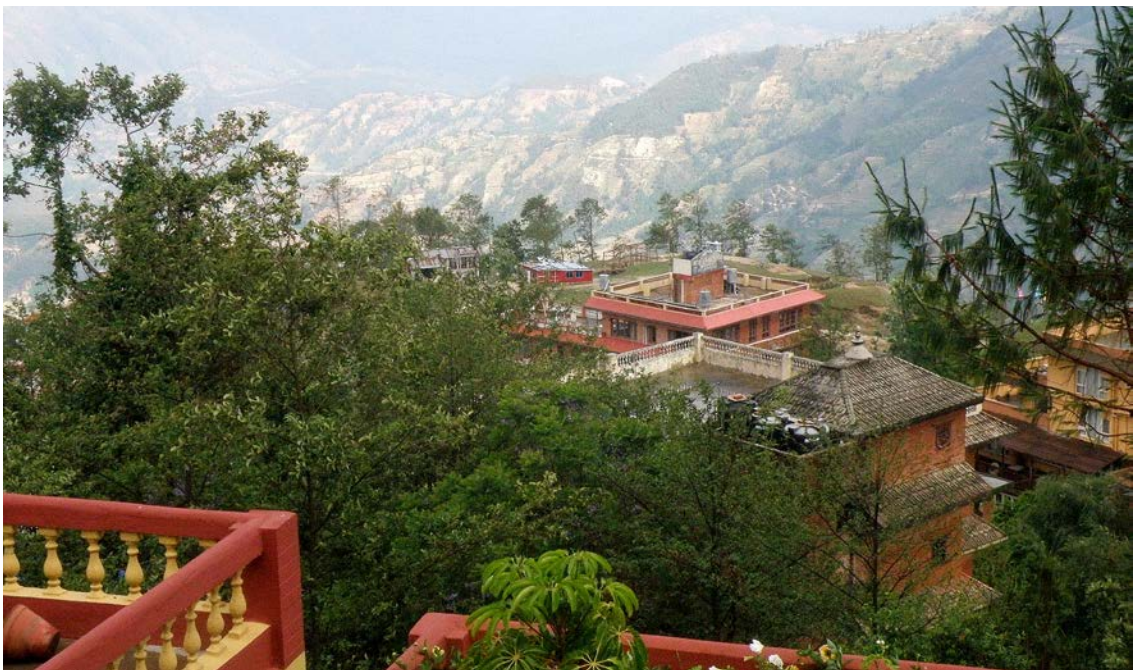
Nagarkot.

¿Está triste el hombre de la cara donde la tristeza se tomó una vida para asentarse?

En Nagarkot tenemos la habitación más alta del hotel más alto. Es una torreta con ventanales, hay que subir muchas escaleras externas y de hierro. Por allí están los montes extraordinarios. Por allí rinden a la altura sus ajenas moles desmesuradas. Un retumbe interminable de silencio y de vacío. Se siente.



Nagarkot.



Nagarkot.



Nagarkot.

PATAN



Antonio dirá que el centro de meditación no es un negocio, que él tiene sus negocios. Y que puso el centro para meditar con otros.

Hoy dice que hace treinta años que está por aquí, que pasó muchos estudiando con los monjes tibetanos.

Nos ofrece té y nos enseña cómo leer sutras en inglés. Podemos hacerlo en silencio.

Los monjes suelen hacerlo en voz alta.

Porque la gente más humilde sólo sabe leer de ese modo, nos aclara.

Él también lee en voz alta.

Estar concientes, mejor prevenidos (¿prevenidos?). Estar calmos. No apejarse.

Dominar la mente.

El odio, el miedo, son ideas. Dominar la mente y saber que son sólo ideas para que el odio y el miedo no cundan.

Mente observando a la mente. Cerca del nirvana

Los budistas sí somos creyentes. Yo creo en la enseñanza de mis maestros.

Crear por los resultados, dice un hombre de Sri Lanka. Es otra rama del Budismo, dice Antonio. El hombre es pequeño y oscuro

Aún me gusta pensar en el nombre Ceilán, que cae y florece.

Antonio dirá que él busca la iluminación. Que no sabe si llegará a ser un Buda,

Dirá que hay que meditar sobre una consigna, por ejemplo la observación del odio.

Un hombre de Irlanda dirá que la meditación fue relajante. Yo lo escuchaba roncar.

Un hombre de Israel preguntará si siempre hay que meditar con una consigna y si hay que pensar en ella. Buena pregunta, dice Antonio.



Patan.

Entre el hollín, el chillar de las bocinas. Entre las maniobras siempre curvas y el entramado del tránsito. En el calor húmedo... ¿puede ser agradable andar en bicicleta?

Puede ser divertido.

Volviendo de Patan el hombre se divierte con el vértigo de pedalear a fondo mientras esquiva metido en la manada de transeúntes y vehículos.

Patán le ha parecido plácida y silenciosa. Nada de aquel nombre de hace diecisiete años.

Los edificios de pisos bajos, con recintos mínimos como refugios, demarcando las callejas repiten centros viejos. Dürbar square tiene templos importantes.

El hombre clava la piqueta en la última arista del Everest. La ruta de Hillary, Tremendo. Hace días llegó la primera argentina y habló por teléfono. Y vio todo desde arriba. Tremendo, siempre tremendo.

¿De qué raza son los alpinistas? ¿Por qué hacen arena con la altura, a golpes de piqueta?

¿Qué valor le dan a cada uno de esos granos?

¿Y hasta cuando los irán sumando?

¿Por qué intercambian dedos por oxígeno?

¿Qué es lo que pasa arriba, siempre arriba?

¿Son los espeleólogos los que bajan para arriba?



Patan.

KATMANDU



Sentados toman té en la recepción del centro budista. Antonio conversa con ellos.

Nepal no es más pobre que antes. Es igual. Ellos son así. Ahora no tiran a la calle cáscaras de banana. Ahora tiran bolsas de plástico.

El hombre no lo cree.

El hombre cree que Nepal es indignamente pobre.

Tal vez menos entre los montes.

Cuatro ratas grandes pasan en el New Orleans mientras tomamos daiquiris.

Pasan de a una hacia el mismo lugar. Las ve Martín.

Hoy no hay tantos turistas. Y no se ve ninguna laptop.

¡Qué baje ese gato del tejado ya!

¡Qué atienda su trabajo!



Katmandu.

AGRA



La máxima expresión del malabarismo.

Los clubes de barrio como Unión y Progreso. Unión y Progreso todavía está.

Los malabares que hacen para mantenerlos con cuatro viejos que van a jugar al naipe.

Lo dice mientras vamos llegando al Taj Mahal y observa las calles de Agra.

Yo lo miro.

El chico ve la foto en el libro grande y oscuro. Le parece hermoso. Se dará cuenta mucho tiempo después.

El chico ya sabe que es hermoso. No se da cuenta, lo sabe.

Allí está, majestuosamente sereno. Blanco puro. Cálido, con sexo.

El hombre, que fue ese chico hace cuarenta años, se da cuenta de lo que significó esa mujer para ese otro hombre.

Hemos de decir Sha Jahan.

Se da cuenta, no lo sabe.

Sha Jahan hizo construir el Taj Mahal.

Simple.

El chico no sabía que se ve sencillo. Majestuosamente sencillo. Reverberando bajo el calor agobiante. Y allí, tal vez más de lo que él (Sha Jahan) quería, pasa la gente adorando al edificio. Y al amor del edificio.

¿Habrá querido Sha Jahan dormir expuesto para siempre? ¿Y allí, junto a su gran amada?

¿O la mole sensual y pura era sólo para ella?

¿Sólo ella era así, amable y desnuda?

Habla, los dientes rojos de betel “Es una de las siete maravillas del mundo.

Es perfectamente simétrico, como pueden ver. Todo lo que hay de un lado lo encontrarán repetido en el otro. Por eso es que se considera una de las siete maravillas del mundo”

Martín dice que lo mejor del Taj Mahal es su finalidad. Enterrar a la mujer de uno.

Se lo digo al guía.

Dice que cuando Martín haga el mausoleo de su mujer, su hijo (el del guía) será también guía en ese monumento.

Le pregunto si se ha ofendido.

Dice que no, que él hace el trabajo que hacían su abuelo y su padre. Que no se puede ofender con la risa del turista.

“El turista me permite comer, como pasó con mis mayores”.



Agra.



Agra.

El chofer no enciende el aire acondicionado. El jefe no le aclaró si correspondía .
Es un servicio extra.
Tenemos mucho calor. Esperamos la llamada del jefe.
El chofer detiene el auto.
Coloca el freno de mano.
Hace una reverencia.
Baja y se retira hacia un árbol.
Vomita profusamente.
Vomita un liquido translucido y fluido.
Vuelve limpiándose con el pañuelo.
Arranca en silencio.

El chofer para de nuevo.
Pone el freno de mano.
Inclina la cabeza hacia nosotros.
Sale del auto y vomita.
Vuelve limpiándose.
Arranca en silencio.

¿Cómo se siente? ¿Está mejor?, preguntará Martín gentilmente
“Sí, ahora sí, ahora sí muy agradable. Muy agradable. Algún problema con la comida.
La comida tenía alguna ponzoña. La comida tenía ponzoña”.

Esto ocurrió durante la mañana, yendo a Agra.
A la vuelta (con aire acondicionado) nos dice que la comida envenenada afectó a toda la familia. Que vomitaron todos.
Reflexiona.
“Algo malo en la comida. Muy extraño”.
Es sikh. Un soldado.
Dice: un sikh debe dedicarse a rezarle a Dios y a ser soldado. Llevamos el pelo largo hasta los hombros pero cubierto.
Tiene ojos claros y una mirada pacífica.
Nos pide que escribamos en su cuaderno nuestras impresiones.
“Muy buen servicio. Salvo por el frío afuera. No se olvide de reparar la calefacción.
Tenga mucho cuidado con las salsas.
Pero muy buen servicio, en general”
Esperamos que no lo lea delante de nosotros.
Nos dará la mano con afecto cuando nos saludemos para separarnos, seguramente para siempre.

DELHI



Había olvidado la mugre.
Pero ahí está, igual que antes.
La mugre.
Y en Old Delhi la sordidez de la miseria bestial.

Pensamos que escupen sin parar para limpiarse.
Y puede ser, la polución se hace pasta en la garganta.

Damián dijo que todo había cambiado. Tal vez por eso nada puedo ver de aquella India en esta Delhi.
Salvo la promiscuidad de las inmundicias.



Delhi.



Delhi.



Delhi.

Me pregunto qué harán con tantos dioses y tanta ofrenda (flores amarillas e inciensos).
¿Alguien sabe qué significa la posibilidad de tantos dioses?
¿No les parece que los dioses deberían vestirse normalmente? ¿Usar camisa y pantalones? ¿O bombachas y corpiños?
¿Han visto la cara de los dioses? ¿Qué es lo que los asombra tanto?

Política sin principios

Riqueza sin trabajo.

Placer sin conciencia.

Conocimiento sin carácter.

Comercio sin moralidad.

Ciencia sin humanismo

Culto sin sacrificio.

Los siete pecados sociales de Gandhi.

Usted pensará en la palabra pecado. Pensará en la palabra sacrificio.

Pensará en esas dos palabras mucho después de haber admirado las siete frases y a su artífice. Después, usted recordará también a Osho y se preguntará si es verdad que el mahatma no comía ni dejaba comer.

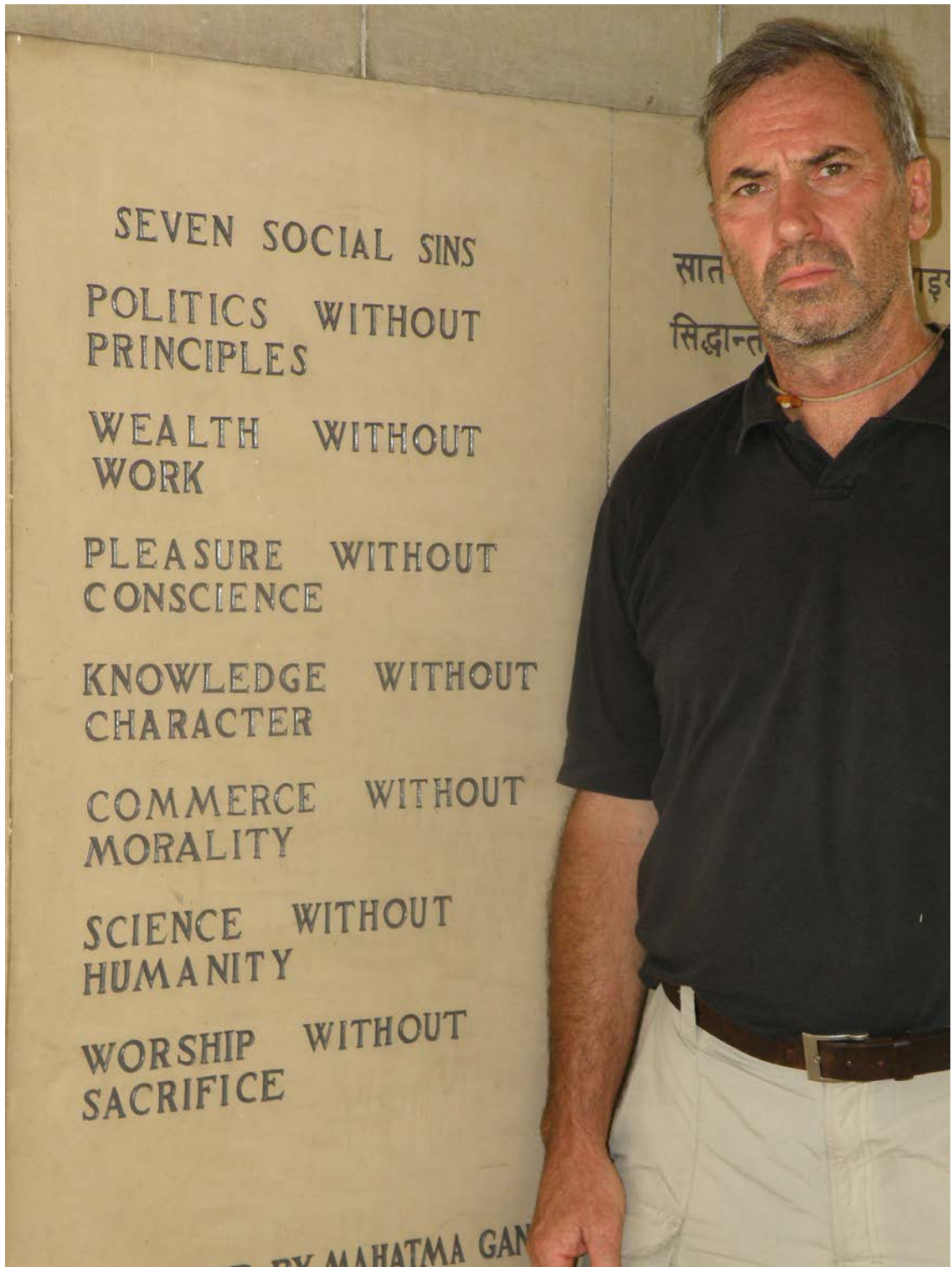
Pero esas frases serán siempre de su gusto y este mausoleo será llano y distante.

Usted comparará a Gandhi con Atatürk que son padres de sus patrias y tienen mausoleos.

Comparará lo llano y lo distante con lo monumental y lo guerrero. Casi por los mismos tiempos.

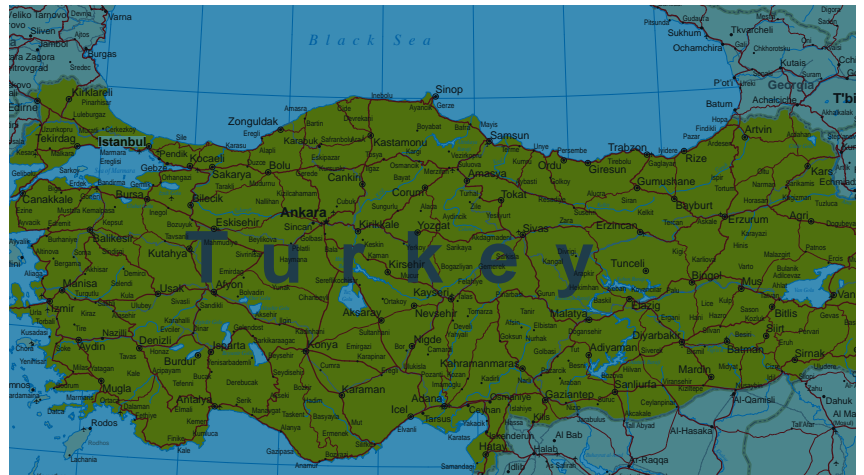
Usted se sentirá más tranquilo con lo que representa a Gandhi.

Y después se dirá: “pero Turquía está mejor”



Delhi.

ESTAMBUL



Todavía hay tiempo.

Tiempo para disfrutar una Estambul que encuentra un afilador de cuchillos en la esquina, que vende choclos asados y hervidos, que deja espacio para un plácido té en Taksim frente al Bósforo, que disfruta de su enclave majestuoso en delicada humildad.

Hay tiempo para esta Estambul de claridad primaveral y mar generosamente azul, estirándose en el Bósforo.

Todavía hay tiempo.

¡Todos a Estambul!, Antes que se pierda el regusto a barrio y a historias largas colgados con un brazo del oriente y con el otro de occidente.



Estambul.



Estambul.

Ha terminado un viaje.

El aeropuerto, como siempre es un huerto infestado con fatigas futuras, y algunas presentes. Un lugar inhóspito minado de voluntades infinitamente misteriosas.

Mi religión es viajar dijo Martín. Y es verdad, de alguna manera.

Buscar las alturas en los abruptos cambios de paisajes y de gente. Entender el cosmos desde la variedad incansable.

Reconocer en los otros lo mismo que tenemos a la vuelta de la esquina o en el cajón de la mesita de luz.

Los vegetales, la tierra, el barro, la basura, los mansos animales que esperan sin saber, el olor de las comidas, las inquisiciones en los ojos.

El precio de dejar el pasado y la identidad esperándonos en el silencio del escritorio.

Volver a verse uno mismo con la certeza de no ser nadie para los demás. Ser solamente el metro setenta y tantos y los tantos kilos de peso metidos en la verdadera edad con su inclemencia. El reconocimiento de la propia hermosura y la propia fealdad sin el cedazo de los amigos y los que no lo son. El silencio del cielo. Empezar en el cuerpo y terminar completamente en los bolsillos. Las pruebas de amor en la distancia.

Los amores que no precisan pruebas.

Mi religión es viajar dijo Martín.

La mía tal vez, el mero acto del corazón tierno e incansable, fiel como un perro (como Gavagai), dando aliento a un nombre y a un apellido. El mero hecho magnífico de la vibración de la voz poniendo un alma en sus metales o en sus caricias. Una mujer que deja su ropa en manos de un hombre. Un niño que levanta la mirada buscando convencido lo que no va a encontrar nunca.

Mi religión es el trabajo sin pausa donde se acumulan los errores y se olvidan los aciertos de una intención sedienta y desamparada que nos hace levantar cada día.

Los estragos del tiempo en la fragilidad de la juventud. Las ganas de ver a alguien o de comer el plato donde cundió la alegría.

La compasión por el cansancio que cada día deja en los amigos.

La religión de entender a Dios como lo mejor de cada uno, lo mejor de cada cosa.

La convicción (pobre iluso) de que a Dios sólo lo puede engendrar el hombre, por ahora.

La convicción de que Dios estará en los labios de aquél que nos espera o que debería habernos esperado.

Ha terminado un viaje.

En algún lugar, siguen replicándose los instantes de ese mismo viaje.

A veces la memoria se da cuenta y descorre la tapa de los hechos con la emoción de sentir que todo sigue pasando.

Todos los hechos del mundo siguen ocurriendo. Cada alma los lleva adentro, muchas veces olvidados en la liviandad del infinito.

EL VIAJERO

Quien desee, aunque sólo sea en cierta medida, llegar a la libertad de la razón no tiene derecho, durante largo tiempo, a sentirse sobre la tierra más que como un viajero, y ni siquiera como un viajero hacia un objetivo final, pues no lo hay. Se propondrá, sin embargo, observar y tener los ojos abiertos para todo lo que sucede realmente en el mundo; por eso no puede ligar demasiado reciamente su corazón a nada en particular: es preciso que haya siempre en él algo de viajero, que encuentra su placer en el cambio y en el paisaje. Indudablemente, este hombre pasará malas noches, en las que se sentirá cansado y encontrará cerrada la puerta de la ciudad que debía ofrecerle un descanso; puede ser que además, como en Oriente, el desierto se extienda hasta esa puerta, que las fieras aúllen tan pronto lejos como cerca, que se levante un viento violento, que unos bandidos le roben sus acémilas. Tal vez entonces la noche espantosa descienda sobre él como un segundo desierto sobre el desierto, y su corazón se sentirá cansado de viajar. Aunque se eleve entonces el alba para él, ardiente como una divinidad encolerizada; aunque la ciudad se abra, verá acaso en los rostros de sus habitantes aún más desierto, suciedad, trapacería e inseguridad que ante sus puertas, y el día será casi peor que la noche. Así le puede suceder a veces al viajero; pero luego vienen, en compensación, las mañanas deliciosas de otras comarcas y de otros días, donde desde el rayar del día ve en la bruma de los montes los coros de las Musas adelantarse bailando a su encuentro; donde luego, cuando apacible, en el equilibrio del alma de las mañanas, se pasee bajo los árboles, verá desde sus cimas y sus frondas caer a sus pies una abundancia de cosas buenas y claras, las ofrendas de todos los espíritus libres que están en su casa en medio de la montaña, del bosque y de la soledad, y que, como él, a su manera tan pronto reflexiva como gozosa, son viajeros y filósofos. Nacidos de los misterios de la mañana, piensan en qué puede dar al día, entre la décima y la duodécima campanada, una faz tan pura, tan luminosa, tan radiante de claridad: buscan la filosofía de la mañana.

Humano, demasiado humano. Frederic Nietzsche
Editorial Edaf S.A. 14ª Edición, junio 2001.

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

Agra **98**

Ankara **19**

B

Bosforo **15**

C

Chengdu **76**

D

Delhi **101**

E

El viajero **109**

Esfahan **29**

Estambul **11 / 105**

H

Haber andado **07**

I

Issy Kul **59**

K

Katmandu **85/97**

Kyrgystan **57**

N

Nagarkot **89**

P

Paris **11**

Patan **95**

Persépolis **36**

S

Samarcanda **47**

Shiraz **33**

T

Tabriz **26**

Tashkent **41 / 53**

Teheran **39**

Tibet **82**

Turfan **62 / 69**

Tuyok **65**